

MARIO BARROS VAN BUREN

HISTORIA
DE LA REVISTA
ESTANQUERO

ORIENTA - INFORMA - DEPURA

[1946-1954]



EDICIONES
OCKHAM

HISTORIA DE LA REVISTA ESTANQUERO

(1946 – 1954)

Por

Mario Barros Van Buren

PRESENTACIÓN DE CIRCULO OCKHAM.-

El siguiente texto es una reproducción fidedigna de una publicación del 'Boletín de la Academia Chilena de Historia' de 1997, específicamente el número 107 del año XIV.

La cual correspondió a una conferencia pronunciada en la Academia Chilena de la Historia, el 13 de mayo de 1997, con el nombre de 'Historia de la Revista Estanquero', por el diplomático e historiador Mario Barros Van Buren.

El autor fue un importante partícipe en la historia de la revista Estanquero; como testigo directo, nos brinda una perspectiva fundamental para entender el camino que recorrió la publicación, desde sus humildes comienzos hasta su inevitable final.

La revista Estanquero marcó como pocas la memoria de un siglo de transformaciones políticas, lo que propició una renovación de las tendencias políticas sociales y nacionalistas, sirviendo de impulso al surgimiento de una renovada constitución de movimientos, tales como el Movimiento [Revolucionario] Nacional Sindicalista, al cual el mismo autor integraría.

* * *



LA FUNDACIÓN.-

En noviembre de 1946, un grupo de amigos, de las más diversas ideas políticas, resolvieron fundar una revista, la que llamaron “de afirmación nacional”.

Aquellos amigos no eran ni profetas ni adivinos. Ni siquiera tenían un pensamiento común que les permitiera dar impulso a una corriente política capaz de capitalizar, más adelante, el patriotismo y el buen sentido que yacen soterrados en el alma del pueblo chileno. Pero todos ellos sentían en la piel y, más aún, en su corazón, la terrible incomodidad de la hora; el vacío intelectual de Chile ante ideas dignas, capaces de conmover y aglutinar una gran tarea colectiva; la ausencia de un espíritu patrio en el gobierno y en los partidos que recordara las nobles jornadas cívicas de nuestra historia; y, sobre todo, sentían la lápida asfixiante de la política de tiro corto, de la zancadilla cotidiana del flirteo sin arte ni dignidad de una democracia carente de alas, como era la de aquellos días.

Pero había más: el gran escozor de esos hombres era la llegada al poder supremo de la nación de las primeras avanzadas del Partido Comunista, que estimaban como el brazo político de una potencia extranjera, cuya doctrina y

estrategia era la negación misma de los valores ancestrales de nuestra patria.

En ese momento nació Estanquero. Se le bautizó así en honor a don Diego Portales, a quien se apodó de este modo, cuando en 1824 licitó para sí y sus socios el polémico estanco del tabaco.

Es casi seguro que los fundadores de la revista no imaginaron entonces la tremenda evolución que ésta tendría más tarde. No pudieron pretender en aquel noviembre de 1946 que esas 31 páginas de mal papel iban a aglutinar en torno suyo a un equipo humano de un alto nivel profesional, el que andando los años contaría con centenares de miembros, todos de una inclaudicable línea de pensamiento. No podían imaginar, tampoco, que, andando el tiempo, Estanquero habría de marcar con su sello, tal vez con más fuerza que al grupo que rodeó a Portales en los primeros años de nuestra república, a un núcleo importante de gente y a un estilo de hacer política que disentía abiertamente de la forma imperante.

Era difícil que pudieran prever que esa misma publicación iba a ser la inspiradora y promotora de una candidatura presidencial, que obtuvo en 1952 una de las más altas mayorías electorales del presente siglo. Jamás habrían imaginado que poco meses después de ese triunfo, sobre

veinte ciudadanos ligados directamente a Estanquero iban a llegar a ocupar sillones parlamentarios. Les habría resultado increíble pensar que en 1954 el equipo conductor de la revista iba a constituir un gabinete ministerial, cuyo plan de gobierno fue considerado como exitoso, aún por sus más decididos adversarios. Resultaba inimaginable para ese grupo de amigos que en 1964 el editor y principal inspirador de la revista, Jorge Prat, encarara por sí mismo la enorme responsabilidad de postular a la Presidencia de Chile.

Al recorrer estos hechos y los ocho años en que Estanquero, semana a semana, hizo tronar su artillería contra todo lo que de negativo, de sucio o de torcido emporcara la imagen de la patria, uno se pregunta si alguna otra publicación ha sido más influyente en la historia nacional que ésta nacida al calor de una angustia.

Los hombres de la primera hora fueron: Rafael Valdivieso, Salvador Valdés, Jorge Castillo, Clemente Días Vergara, Raúl Bazán, Jorge Prat, Sergio Gutiérrez Olivos, Tomás Eastman, Víctor Gallardo, Roque Esteban Scarpa, Ricardo Astaburuaga y Alberto Cruz.

Los editores fueron: Jorge Castillo y Jorge Prat. El primer director: Rafael Valdivieso.

La revista apareció, inicialmente como quincenal. Se imprimió en los talleres de “El Esfuerzo” de doña Berta de Briseño, quien se proclamó, desde el primer día, una ardiente “estanquerista”. La publicación valía \$3. A partir del número 10 se convirtió en semanario. Su precio aumentó a \$4.

Los comienzos fueron difíciles. Ninguna empresa se avino a distribuirla. Los medios políticos cayeron en guardia y el Sindicato de Suplementeros cerró sus quioscos para ella. Fue preciso ir ganando, uno a uno a los vendedores callejeros y trabajar a fondo el campo de las suscripciones para poder ir sacando los números siguientes. La imprenta debió iniciar, por su parte, la tenaz lucha por el papel, controlado en esos años por manos a las que Estanquero no tenía acceso y a las que tampoco libró de sus críticas.

La propia concepción periodística de la publicación era muy defectuosa, puesto que, salvo Clemente Díaz Vergara, hijo de un prestigioso director de El Mercurio, ninguno de los fundadores era periodista ni tenía práctica en este difícilísimo terreno. La primera y la segunda portadas eran tan intelectualizadas que resultaban difíciles de comprender. Clemente Díaz contaba, años más tarde, que como la segunda de ellas representaba a dos gallos peleando, en

Curicó la compraron como revista agrícola, creyendo que se llamaba “Estanciero”.

El primer número apareció el 14 de noviembre de 1946. Su financiamiento inicial estuvo a cargo de los editores. Las suscripciones avanzaron con mayor lentitud. Resulta curioso constatar que entre los primeros suscriptores, se contó al cardenal José María Caro. Con el número dos en la mano, Jorge Prat recorrió toda la calle Ahumada, recogiendo avisos, suscripciones... e impertinencias. Pero, gracias a todo esto, Estanquero partió financiado.

Hubo, desde el primer momento, dificultades de definición. El anticomunismo parecía ser la argamasa de unión del grupo de fundación. Pero, además del anticomunismo ¿qué?...

Largas y difíciles fueron las primeras reuniones de redactores, entre las cuales había nacionalistas, gente de derecha, hombres de izquierda moderada, apolíticos, técnicos y simples redactores literarios, todos atraídos por estas páginas en blanco que ofrecían la tentación de un gran desahogo espiritual.

Hasta el número 3, no es posible detectar un editorial de fondo. Pero en el de este número se advierte ya un planteamiento doctrinario que, aunque elemental, reúne las

líneas gruesas del pensamiento Estanquero, aún sin pulirse, pero con todo el vigor y el entusiasmo del organismo joven, que se pone en marcha. Decía así:

“En las graves horas que vive el país es deber de los buenos chilenos sentirse solidarios de un mismo ideal patriótico que tienda a la organización democrática del Estado sobre la base de una estructura unitaria de la vida económica, social y cultural de la nación.”

“Hay necesidad de luchar por un nuevo sentido de la vida nacional que cree y una alta cultura democrática al servicio de todos los chilenos, sin distinción de clase ni de credos, especialmente orientada hacia el mejoramiento de las condiciones de vida de aquellos grupos que, al par que desposeídos de bienes materiales, han vivido al margen de toda vida cultural y han participado en forma precaria en la vida política del país.”

“El servicio del Estado es servicio del pueblo y, como tal, debe ser realizado por ciudadanos probos y técnicamente eficientes. Debe lucharse, por lo tanto, por la más estricta moralidad administrativa y por la dictación de un cuerpo de leyes que persiga y castigue los delitos contra el patriotismo del pueblo y contra la seguridad nacional.”

“Ello implica, además, en el plano de la vida colectiva, la existencia de grandes corrientes de opinión encargadas de consolidar una conciencia uniforme para la solución de los grandes problemas nacionales.”

“Ha llegado la hora de terminar las luchas estériles en torno a la simple conquista del poder para distribuir prebendas y satisfacer aspiraciones electorales. El país clama por un gobierno efectivo, con un plan coordinado de acción múltiple en que colaboren gobernantes y gobernados. Ello envuelve la recuperación de la disciplina perdida en el desarrollo de la vida económica, social y política de la nación y la restauración de las jerarquías necesarias a la buena marcha de la acción gubernativa.”

“Sin una autoridad firme y prestigiada, que contenga con energía los apetitos antisociales de unos y las demás antipatrióticas de otros, no será posible detener el derrumbe a que están conduciendo al país las malas prácticas políticas que hemos sufrido hasta ahora.”

“Para el logro de tales aspiraciones, es previo e indispensable extirpar de raíz todos los gémenes de desintegración nacional que, como el Comunismo, están barrenando día a día, con la tolerancia de grupos políticos interesados sólo en los resultados electorales, las fuerzas morales de nuestra nacionalidad. El odio y la calumnia,

la suspicacia y la envidia, la preocupación por lo que ocurre en otros continentes y otros pueblos y no por lo que necesita el nuestro para afrontar la grave crisis que está viviendo el mundo, se han enseñoreado en nuestra conducta colectiva. Es urgente reaccionar contra ello, depurar nuestra conducta, recurrir a nuestras reservas de moralidad democrática, recuperar nuestra voluntad de lucha por los destinos de Chile, encontrar un camino histórico para nuestro pueblo. Esta es tarea de hombres jóvenes de espíritu, de ciudadanos no contaminados con el virus de la baja política, de aquellos, especialmente, que hasta hoy han mirado indiferente la cosa pública y han dejado hacer a los audaces, por comodidad o cobardía.”

“Hay necesidad de crear una nueva fe en Chile, en las virtudes tradicionales de su raza, en la potencialidad de su pueblo, en las posibilidades de su desarrollo futuro. La fe en un Chile sin políticos aprovechadores y mendaces, sin funcionarios públicos prevaricadores o indolentes, sin especuladores ni agiotistas, sin agitadores profesionales que medran con la esperanza y la credulidad de las masas, sin prensa envenenadora del alma popular. Un Chile en el cual cada uno sepa para qué trabaja, por qué trabaja y para quién trabaja. Un Chile en que el trabajo sea noble empresa colectiva dentro de la cual cada

individuo, cada chileno, se sienta responsable de una parte de la tarea común, orientada hacia el bienestar y progreso de la Patria y no labor rutinaria, en la cual unos se consideren explotados y los otros sean considerados como explotadores.”

“Hay, finalmente, que crear en la juventud un sentido heroico y sobrio de la vida, de la responsabilidad social y del respeto a la personalidad humana. Ello exige una acción educativa que forme personalidades disciplinarias y cultas, amantes de su pueblo y conocedores de las posibilidades materiales y espirituales de la nación, capaces de crear y fomentar riqueza colectiva. El amor a la Patria, que suele predicarse en forma fría e incontentido en las escuelas, debe traducirse en acción positiva, en actitud militante del alma de la juventud para la creación de un verdadero espíritu de chilenidad. Hay que movilizar a la juventud en torno a grandes y nobles ideales, señalarle una senda, un destino histórico, un sentido profundo de la vida de su pueblo y de su época.”

En esta misma página se anunciaba la colaboración de un socialista anticomunista (el primero de varios): Agustín Álvarez Villablanca.

* * *

LA PRIMERA ETAPA.-

Estanquero mostró desde el comienzo, una cierta solidez de forma. Las secciones de aquellos días fueron conservadas por ocho años, variando, lógicamente, de contenido, pero orientando al lector acerca de la amplitud de temas que la revista pretendía abarcar.

Había, como es de rigor, una “Semana Nacional” y una “Internacional”. Jorge Prat reclamó para sí, además de sus crónicas de columna, un “Comentario Político” de carácter más puntual. En el plano cultural se dedicó una página al cine, la que se denominó sarcásticamente “El opio del pueblo” si bien sus redactores demostraron una entusiasta adición a este narcótico.

La plástica, el teatro y la música quedaron analizados en la sección “Pincel, Batuta y Telón”, que más tarde habían de tomar a su cargo Mario Ferrer, Gabriela Roepke y Tobías Barros Alfonso. “Prensa y Revistas” pretendió hacer una selección de aquellos artículos de otras publicaciones que por su interés —positivo o negativo- merecieran destacarse. Esta sección quedó, inicialmente, a cargo de Clemente Díaz.

Otra sección importante fue “El sonido y la furia”, destinada a comentarios de carácter general que, comenzaba

con selecciones de temas culturales de interés universal o de filosofía política, terminó en las ágiles manos de Vicente Urbistondo y de Eduardo Anguita.

En el Nº 4 apareció una colaboración de Hernán Días Arrieta (*Alone*). No sería la última. Bajo el título “*Por qué soy anticomunista*”, la revista comenzó a publicar artículos de numerosas personalidades, de las más diferentes ideologías. Y así tenemos interesantísimos pensamientos de Eduardo Moore, de Arturo Olavarría Bravo, de Raúl Marín Balmaceda, de Máximo Valdés, de Sergio Fernández Larraín, de Alfredo del Valle, de Vicente Huidobro y de muchos otros.

La línea del análisis de la política nacional comenzó a orientarse hacia el perfeccionamiento de nuestra democracia.

Decía un editorial del 11 de enero de 1947:

“*Bajo la aparente solidez de nuestras formas jurídicas, nuestra democracia ha degenerado en la antítesis de la genuina concepción democrática.*”

“*Basta echar una ojeada sobre la situación del país, para convencerse de la efectividad de este fenómeno. La libertad, para ser efectiva, debe ir complementada por la responsabilidad y una de las características de la vida*

nacional de esta hora, es la tiranía cada vez más insolente de las multitudes irresponsables.”

En editoriales sucesivas, se fustiga a “la arbitrariedad y el abuso” que han ocupado el lugar de la justicia. La cuña reemplaza al esfuerzo y al mérito. Se trata de un lenguaje enérgico pero de puntos incontrovertibles para el grupo de redactores. Ir más a fondo habría amenazado con la aparición de grietas ideológicas que todos querían evitar. Sin embargo nada en este mensaje, que llamaríamos “básico” llega a la ambigüedad. Antes bien, hay una profunda intención premonitoria al decir:

“En presencia de semejante cuadro, resulta del todo injustificada la jactanciosa satisfacción por las excelencias de la democracia chilena. Preciso es reconocer que de nuestra robusta democracia de antaño sólo nos va quedando la cáscara.

El contenido de ella, que es en definitiva lo que vale, está en pleno proceso de desintegración. Si este proceso no trasciende aún en toda su fuerza al exterior, es sólo porque se conserva intacta la envoltura.

Pero el día en que ésta también llegara a romperse, es decir, el día en que dejara de funcionar nuestro mecanismo constitucional, los chilenos nos

impondríamos con horror de las verdaderas proporciones del desastre. Y ese día llegará antes de mucho si no nos apresuramos a reaccionar.

Es una peligrosa ilusión creer que este “juego normal de las instituciones”, que nos permite seguir viviendo con relativa tranquilidad en pleno pudridero, se habrá de mantener por tiempo indefinido.”

En lo internacional, la revista mostró una línea mucho más decidida y clara, tal vez porque en este ángulo existía mayor unidad de criterio entre los redactores. Estanquero abandonó, desde el principio, el síndrome de “la democracia y de la libertad” internacionales, preconizado por los Cuatro Grandes en Yalta y en Postdam como fórmula compulsiva derivada de su victoria. La revista nunca creyó que la Unión Soviética de Stalin y sus sucesores fuera defensora de los valores occidentales y mucho menos de las bases de la civilización cristiana. Tampoco se tragó la histeria colectiva contra Alemania, Italia y Japón que constituía la salsa del triunfo aliado en los días de la segunda postguerra. Asumió, desde un comienzo una defensa abierta de la Hispanidad, como una tarea del más puro espíritu ecuménico y no le importó que dentro de la necesidad del ambiente, se confundiera esta idea con el “franquismo”.

Combatío enérgicamente al imperialismo norteamericano en América Latina y, en particular, la ingratitud y la soberbia con que el gobierno de Washington había tratado a sus aliados de habla española, después de su victoria sobre el Eje, olvidando la forma casi plañidera —y luego agresiva— con que les había presionado en 1941 para atraerlos a su bando. Estanquero fue implacable en denunciar las intervenciones de la Embajada de los Estados Unidos y de su Embajador Claude G. Bowers ante el gobierno chileno de esos días; y en esta tónica persistió hasta el fin de la misión Bowers, que coincidió, como es fácil de suponer, con el término del gobierno de don Gabriel González Videla.

En los primeros números de esta “etapa de formación”, aparecieron una serie de correspondentes en el extranjero, alguno de los cuales habrían de tener relevancia internacional en sus respectivos países. Alfredo Sánchez Bella, Becar Varela, Julio Icaza, Alberto Arocena, Carmen Pitaluga y otros pueden servir de ejemplo, dentro de una pléyade que se fue incrementando constantemente.

La calidad técnica de la revista fue mejorando. Las portadas quedaron a cargo de Alberto Cruz y de Alberto Piwonka, conservando un estilo de dibujo deformado y muy descriptivo que había de hacerse característico en el

periodismo chileno de esa época. Un diario las llamó “portadas infantiles”. Portadas de Estanquero fueron reproducidas muchas veces por la prensa internacional, ya fuese para atacarlo, para destacarlo positivamente o, simplemente para citarlo.

En el Nº 12, al entrar de lleno en el ritmo de semanario, Estanquero pasó a imprimirse en los talleres de “Cervantes” y la Editorial Zig-Zag accedió a distribuirlo. En ese instante, cifra de prensa, la revista tiraba 5.000 ejemplares y las devoluciones no alcanzaban a 200.

* * *

HACIA UNA DEFINICIÓN DOCTRINARIA.-

Quien siga, número a número, la evolución de la revista Estanquero podrá observar, a través de su Comentario Político, un sutil despliegue doctrinario, que sin ser novedoso dentro de las líneas políticas chilenas, sí lo era para el medio que predominaba en ese momento. La desconfianza hacia el partido político como institución, al que se culpaba de la paralización de la administración pública y de un enfoque amplio de la realidad nacional; la visión dignificadora del rol de las Fuerzas Armadas; la exaltación de los valores patrios por sobre los políticos; la necesidad de remozar nuestra democracia; la gran reforma educacional y la modernización de nuestros campos y de nuestra industria fueron, entre muchos otros, puntos propuestos por Jorge Prat, a través de su sección, en un intento de ir formando un decálogo ordenado para una doctrina renovada sobre la realidad chilena.

En esos días enfocó uno de los temas más importantes y peor llevados de la realidad social de Chile: el sindicalismo.

El tema molestó a la Derecha tradicional, cuyo sentido oligárquico de la política de aquellos años sintió el escozor de la amenaza; molestó, también, a los sectores de izquierda,

para los que la politización del sindicato era parte esencial de una estrategia de poder y de control de masas; molestó a los dirigentes sindicales para los que cualquier intento de dignificar las organizaciones laborales constituía un peligro a sus prerrogativas y a sus ambiciones.

En el Nº 12, Estanquero dijo:

"El sindicato es la herramienta de liberación del pueblo y la base de un gobierno estrictamente representativo. Es el arma más efectiva que puede esgrimirse para destruir la politiquería.

Frente al escamoteo de la voluntad nacional por los partidos, los hombres de trabajo tienen en el sindicato su representación genuina y el instrumento para la construcción de la patria.

Un gobierno limpio, apoyado por los trabajadores y organizados éstos en su comunidad natural de trabajo, bajo el mando de claros defensores de su interés económico y social, he aquí lo que espera el país."

Surgió de inmediato la crítica agresiva. El Diario Ilustrado, en extraño maridaje con el diario comunista El Siglo, acusaron a Estanquero de estar relanzando la fórmula corporativa. De ahí a la palabra maldita —“fascismo”— no había sino un paso. No olvidemos que en abril de 1947 no se

cumplían aún dos años desde que se había acabado la II guerra mundial y el fascismo había caído en descrédito. Es necesario recordar, además, que los comunistas y sus aliados dieron en utilizar la palabra “fascismo” para designar cualquier idea política o actitud que fuese una amenaza para sus estrategias.

Otro aspecto importante de los planteamientos estanqueros era la crisis de la política como conducta de ideales elevados.

Decía en editorial del 26 de abril de 1947:

“La política chilena es de tipo exclusivamente electoral. En ella las elecciones no son un medio sino un fin. Se hacen elecciones para ganar el gobierno y se gobierna para ganar elecciones.”

El tercer punto intransable del planteamiento Estanquero es, naturalmente, el anticomunismo. La revista advierte, número a número, acerca de los avances del marxismo dentro de la administración pública, del campesinado, de las universidades. Pero, yendo más lejos, se desespera ante la indiferencia de la ciudadanía frente a esta infiltración extranjera y disolvente.

En las elecciones municipales de 1947, el 35% de los electores del primer distrito de Santiago se abstienen de ir a

las urnas por simple desinterés. Los comunistas sacan varios regidores.

Es interesante observar en estos días la preocupación de Estanquero por las relaciones internacionales del país. Ante una política exterior muy ligada a las directivas del Departamento de Estado norteamericano —consecuencia ineludible de la guerra— y una ideologización amarrante de nuestra diplomacia, Estanquero pide independencia, una participación más activa de América Latina en los organismos de postguerra y una integración económica de mayor realismo.

A cargo de la “Semana Internacional” está Raúl Bazán. Su pluma analiza implacable la conducción de nuestra acción exterior y Estanquero hace suya la idea de que nuestra Cancillería ha de cesar de ser una hijuela pagadora de servicios electorales y debe reorganizarse sobre la base de una profesionalización estricta, de una adecuada preparación del diplomático y de un servicio exterior de carrera, desasido de compromisos partidarios. Este mensaje había de tardar siete años para empezar a ser oído. Y no del todo.

Por esos días se incorporaron a la planta de redactores dos nuevas plumas: Gastón Renard y Arturo Fontaine Aldunate. Clemente Díaz pasó a ser Secretario de Redacción.

Arturo Fontaine tomó a su cargo el “Comentario Político” que inicialmente redactara Jorge Prat y que era, sin duda, la página medular de la revista.

* * *

HACIA UNA POLÍTICA ECONÓMICA NACIONAL.-

Resulta interesante seguir el pensamiento económico de Estanquero, en estos primeros días de su marcha. Hay en él un claro énfasis estatista, que no le abandonará ya más. El 28 de junio de 1947 dice:

“La carencia de medios para afrontar por sí solos la lucha económica, ha obligado a los chilenos a ver en el Estado el auxiliar indispensable de cualquier empresa de cierta magnitud. Más que por doctrina, el socialismo de Estado se impone entre nosotros como una exigencia imperiosa del medio físico. Sin la acción y la intervención del Estado, sin la ayuda de energías y capitales que éste es capaz de proporcionar, la acción privada sería impotente para impulsar en forma normal el desarrollo económico de la República.”

¿Qué distrae al chileno de la sana actividad económica? Estanquero cree que es la política. No la política como un arte de gobernar, sino la política como actividad chata, de zancadillas y corruptelas.

“Nuestra política no es noble; es conventillera”.

Falta un sentido nacional de la coordinación económica. El imperialismo de postguerra dilapida nuestras materias

primas. El irritante precio del cobre ocupa páginas enteras de la revista, en que se alternan plumas técnicas de gran prestigio. La realidad agraria es objeto de análisis profundos, en que no falta el clamor por un uso mejor de las tierras, del crédito fiscal y de un adecuado mecanismo de exportaciones. Pero Estanquero cree firmemente que para solucionar la situación económica es preciso, primero, ordenar el cuadro político.

“La prosperidad económica de Chile está, pues, infinitamente ligada a lo que podríamos llamar su prosperidad política.”

Es el propio Estado el que debe trazar las grandes directivas de la economía nacional. Pero para ello es necesario que se despolitice, en el sentido de que cese la gresca menuda y, levante la vista hacia un horizonte nacional y hacia un futuro a largo plazo. Con un gobierno frívolo, una masa nacional indiferente, un Parlamento estéril y partidos políticos sin grandes ideales, con el imperialismo activo y concupiscente y un comunismo en plena ofensiva, la economía chilena no tiene visos de levantar cabeza.

El objetivo inmediato propuesto por Estanquero es la decantación de una cúpula dirigente, de un mando político enérgico y realizador que actúe por encima de los partidos y de las oligarquías y, si es necesario, a pesar y en contra de

ellos. Frente a los proyectos del gobierno de establecer el sufragio femenino y de rebajar a 18 años la edad cívica, Estanquero aplaude la medida, pero la considera inútil si la democracia formal que nos rige no es objeto, antes, de una adecuada jerarquización.

“Cuando la sociedad no se estructura jerárquicamente, hay sólo dos maneras de conducir a las masas: el cohecho y la demagogia. El poder del dinero y el poder de la audacia verbalista son los dos resortes que mueven al pueblo. Estos amos únicos del horizonte político implantan la tiranía de pandillas sin escrúpulos que hablando a las masas de libertades y reivindicaciones sociales, debilitan la libertad y el poder real de cada ciudadano, pues sabotean el trabajo nacional y en consecuencia, la grandeza de la patria. Nuestra postración actual no es sino la resultante del triunfo de las masas y de sus dueños: el dinero y la demagogia. Se piensa ahora en el sufragio femenino. Mañana se pensará en el sufragio infantil. Esta es la manera de impedir que Chile encuentre su centro de gravedad. Es dar los medios legales para que el país sea víctima del instinto y de la emoción incontrolada. En lugar de seleccionar la participación de la vida pública, vamos ampliándola

indiscriminadamente. Por eso nuestra política cumple ahora los viejos y vergonzosos objetivos de pan y circo.”

La alusión al dinero hirió a la derecha. La de la demagogia, al Gobierno y a la izquierda. La referencia a la participación “selectiva” hizo aflorar de nuevo los epítetos de corporativismo y de fascismo. A mediados de 1947, aunque nadie entendiese del todo —o no quisiera hacerlo— el ideario de la revista, los medios políticos presentían en la epidermis antes que en la cabeza, que en aquel grupo de hombres y en su publicación, estaba el peligro mayor para un sistema político y un estilo de conducta que les resultaba cómodo y propicio, aunque Chile languideciera con ellos.

* * *

LA REACCIÓN DEL MEDIO POLÍTICO.-

Estanquero tuvo un decolaje lento. El pulso de una publicación se detecta por el número de cartas que recibe y por la venta de sus ejemplares. En ambos aspectos la revista tuvo un ascenso paulatino. Pero ya en el segundo semestre de 1947 se puede advertir una polarización creciente en torno a su personalidad. Se han incorporado nuevos nombres: Agustín Álvarez, Ignacio González, Enrique Rodríguez y Jorge Berguño Barnes.

La derecha chilena, que había recibido a Estanquero con cierta satisfacción pero sin otorgarle su confianza, veía en él un ariete anticomunista manejado por un grupo de gentes cuyos antecedentes políticos, en muchos casos, derivaban de sus propias filas. Sin embargo, los ataques de la revista a los contubernios políticos (liberales y comunistas en los gabinetes de ese año), a la oligarquía llena de soberbia, al poder político del dinero y a la estratificación de la forma democrática, habían herido muchas sensibilidades en los partidos conservador y liberal. Aun dentro del cuerpo de redactores, hubo un sordo murmullo de reproche ante los “comentarios políticos” de Jorge Prat y de Arturo Fontaine y sus críticas a la derecha tradicional. Cuando Raúl Marín clausuró la puerta que unía su estudio con el de Jorge Prat,

acaso marcó un pequeño símbolo de aquella desavenencia política que se fue agrandando con el tiempo sin afectar jamás la amistad personal de ambos hombres. La puerta sin embargo, no volvió a abrirse.

Que la izquierda política y el gobierno se molestaran con Estanquero estaba dentro del orden natural de las cosas.

El anticomunismo de la revista afectaba a tres ministros, a tres subsecretarios y a un número importante de empleados públicos. Pero afectaba, también, al desastroso sistema electoral que tales contubernios permitía. Los ataques a la rutina, a la mediocridad, a las necedades verbalistas, a la frivolidad generalizada y al desorden administrativo iban dirigidos a todo el espectro político chileno y al régimen imperante, pero fueron los liberales y los radicales los que se sintieron más heridos, no sabemos por qué.

Se tocó entonces, a rebato y se declaró que Estanquero era una revista fascista que se balanceaba al borde de la ilegalidad. El asunto fue llevado al Parlamento y allí un diputado la acusó de *"atacar por su base los valores de la democracia representativa"*.

¿Era Estanquero una publicación antidemocrática? ¿Lo eran sus redactores? La respuesta la encontramos en sus propias editoriales.

Y añadía el 19 de julio de 1947:

“Las formas democráticas sin lugar a dudas, son las mejores para labrar el bien común y armonizar la convivencia. Prueba de ello es que los pueblos siempre vuelven a ellas, después del fracaso de todas las tentativas para superarlas.

La mejor dictadura personalista resulta, a la larga, de efectos más perniciosos que un régimen democrático estable, no obstante todas sus debilidades y limitaciones. Sin embargo, la democracia no puede justificarse por el sólo funcionamiento más o menos regular de sus mecanismos externos. Es indispensable que ella proporcione al Estado un mínimo de eficiencia realizadora y que a la corrección de sus formas jurídicas corresponda un contenido moral vigoroso.

Desde el momento en que las instituciones jurídicas de la democracia degeneran en cobertor de la incapacidad y la inmoralidad, no puede hablarse de la existencia de un régimen democrático propiamente tal. Es éste, por desgracia, el caso actual de Chile.”

Más claro, agua. Y la crítica parlamentaria enmudeció por un tiempo. Pero no la del Gobierno. Estanquero adoptó

desde sus primeros números una posición de franca crítica a la administración de don Gabriel González Videla. Le molestó la demagogia del candidato, antes de 1946, y le siguió molestando después la fraseología del régimen, en defensa de un sistema democrático que nadie amenazaba, la mediocridad desesperante de sus primeros pasos políticos, la presencia de los comunistas en el gabinete, la dudosa transparencia de algunas gestiones de personeros del gobierno y, sobre todo, la flotante frivolidad de que hacían gala Presidente, partidos y parlamento.

Decía Estanquero el 2 de agosto de 1947:

"En una democracia todo ciudadano puede aspirar legítimamente a la Primera Magistratura. Pero no basta desear ser Presidente, que es necesario, también, saber serlo. Y a juzgar por la forma en que se ha desempeñado hasta ahora el señor González Videla parece que no meditó suficientemente este segundo aspecto de la misión que él mismo buscó y se impuso."

"Ha viajado, ha pronunciado discursos, ha desparramado a torrente su simpatía personal, dentro y fuera de los límites patrios; ha vivido en constante agitación y movimiento. Sólo una cosa no ha hecho: gobernar."

El gobierno del presidente González declaró muchas veces que el gran problema de Chile era el económico. Estanquero creía que el “*grande, único y verdadero problema nacional es el político*”. Y lo resumía así: “*Todo es efecto de una misma causa: la falta de gobierno*”.

Es necesario añadir —y así lo hemos comprobado más tarde— que dentro del seno del mismo gobierno, gente muy cercana al Presidente (como don Pedro Enrique Alfonso, por ejemplo) creían lo mismo y se lo hicieron ver muchas veces.

Otra reacción importante de esta primera hora fue la del público independiente. Comenzaron a recibirse cientos de cartas. Junto a las felicitaciones más entusiastas, llegaron algunas terriblemente ofensivas. El Director, no preparado por este tipo de lides, sufría por la crudeza del lenguaje. La revista era motejada de “nacista” y de “antidemocrática”. Incluso llegó una carta de la Secretaría General del Gobierno, solicitando su publicación y defendiendo la actitud del Ministro de Hacienda al negar un aumento de sueldos a los empleados públicos. Esta carta, era no sólo un halagador “reconocimiento de beligerancia” a buen nivel, sino un índice del radio de difusión que Estanquero había logrado expandir en un ámbito al cual, evidentemente, no llegaba la prensa oficialista a la que a la Moneda le interesaba informar acerca de su posición.

La inmensa mayoría de la correspondencia nos era favorable. Nombres que más tarde serían parte de la historia nacional, hicieron llegar a Estanquero sus personales opiniones, siempre en un tono positivo. Entre ellos vale la pena mencionar a Arturo Maschke, Felipe Herrera, Javier Lira, Alejandro Hales, Rafael Tarud, Tobías Barros Ortiz, Ernesto Barros Jarpa, José Ramón Gutiérrez, Pedro Enrique Alfonso, Eduardo Frei, Jaime Larraín, Óscar Fenner, Guillermo del Pedregal, Bernardo Leighton y muchos otros. Un estudio cuidadoso de la correspondencia recibida podría ser un interesante testimonio documental de la historia política de Chile en esos días tan opacos y desesperanzados.

Los redactores se movían, pues, en un ambiente propicio, cuya vitalidad contrastaba fuertemente con la chocante pequeñez de la política chilena, con una situación económica de aletargante escasez y con una rutina de conformidad que era el peor síntoma de la decadencia espiritual del país. Sin embargo, las cosas iban a cambiar.

* * *

UN DIAGNÓSTICO AGRESIVO.-

La crítica de Estanquero contra el gobierno se fue haciendo más y más ácida. Una de sus preocupaciones era la aparente frivolidad del Presidente de la República. La revista presentaba a don Gabriel González preocupado de inaugurar exposiciones de pintura y agazajar a la actriz Dolores del Río, recibida gloriosamente en La Moneda, mientras los empleados de Correos y Telégrafos iban a la huelga por promesas incumplidas. Al mismo tiempo, Estanquero continuaba denunciando en términos cada vez más violentos la habilísima infiltración que el Partido Comunista iba efectuando en la Administración del Estado, a través de su avanzadas ministeriales.

Esta campaña logró sensibilizar al ambiente. El Diario Ilustrado y El Mercurio, adversarios abiertos de Estanquero, debieron coincidir con él, en sendos editoriales, que las cosas iban yendo demasiado lejos. Voces internas dentro del propio Partido Radical y, a no dudarlo, la presión proveniente desde la Embajada de los Estados Unidos, comenzaron a hacer efecto en la persona del Jefe de Estado. Un editorial de Estanquero de 16 de agosto de 1947 pidiendo, que se reformara la Constitución para que un Jefe de Gobierno asumiera el rol de mando y la conducción de la

“nave del Estado” que el Presidente no quería asumir, hizo un efecto devastador. El Presidente la mencionó en un Consejo de Gabinete, con golpes de puño en la mesa y un tono de voz que distaba mucho del usado en las andanzas electorales.

Pero la vida internacional iba a provocar precisamente en esos días, un vuelco inesperado.

Estados Unidos lanzaba su nueva política de “Panamericano de Seguridad”. El enemigo de la humanidad ya no era el fascismo, derrotado militarmente en 1945, sino el comunismo, el victorioso aliado de la democracia desde 1941. Los países latinoamericanos debían, pues acompañar al gran país del norte, en esta sorprendente voltereta, sin mayores sarcasmos, dudas o elucubraciones. Así quedó claro en la Reunión de Cancilleres celebrada en Río de Janeiro, justamente por esos días.

Esta nueva consigna que venía desde Washington y que el embajador Bowers retransmitía desde su sede en el Parque Forestal, fue el que permitió a Estanquero poder continuar adelante.

* * *

CAMBIOS EN EL TIMÓN.-

En septiembre de 1947 renunció a la dirección de la revista Rafael Valdivieso para asumir un importante cargo en el diario El Imparcial. Lo reemplazó Clemente Díaz. Arturo Fontaine tomó la subdirección, sin dejar de atender sus “Comentarios Políticos”.

El nuevo binomio llegaba en un momento en que Chile había adoptado una actitud nueva ante el comunismo. El gobierno había expulsado del gabinete a los tres ministros rojos. El Embajador de la URSS era abucheado en la Quinta Normal. La derecha, tan tolerante y silenciosa en momentos cruciales de estos años, adoptó una posición beligerante contra el comunismo que, si bien no alteró su conducta negativa ante Estanquero, por lo menos cesó de denostarle con acusaciones artificiosas que a nada conducían.

El nuevo cuerpo directivo de la revista iba a marcar con más nitidez una definición ideológica. Clemente Díaz venía de los grupos conservadores que, años antes, habían formado la Falange Nacional. Sus ideas y sus simpatías nunca dejaron de ser socialcristianas, aunque de hecho no suscribiera por completo ciertas actitudes de los falangistas chilenos.

Arturo Fontaine Aldunate formaba parte de la generación universitaria que había madurado, desde 1942, a la sombra de la cátedra de Jaime Eyzaguirre. Era una generación muy valiosa y muy interesante sobre la cual no se ha escrito lo suficiente. Producto de la enorme confusión doctrinaria que provocó la segunda guerra mundial, esta generación percibió antes que nadie en Chile, que los buenos no estaban de un lado y los malos del otro; que tras la asfixiante pantalla ideológica de la revista En Guardia del Departamento de Estado, de las ingenuidades de la propaganda alemana, de la farándula de Hollywood y de las increíbles mentiras que uno y otro bando se inventaron para desprestigiarse mutuamente, había un drama humano que era necesario conocer. Este drama era la supervivencia de la cultura occidental, de sus valores cristianos; de su sentido de la vida y del espíritu.

* * *

PODEROSO CABALLERO.-

El manejo económico de la revista nunca fue fácil. La tirada semanal se vendía toda, oscilando entre 5 y 8.000 ejemplares, de los cuales una tercera parte eran suscripciones. Pero, la propia posición política de Estanquero hacía difícil la obtención de avisos comerciales. Además, Jorge Prat imprimió a la marcha de la publicación un estilo de honestidad e independencia que resultaba incomprendible para mucha gente. Un día llegó un conocido político de derecha hasta las oficinas de la redacción, con un cheque de donación por una suma importante. Jorge Prat se lo rechazó porque “*en el próximo número publicaremos una nota sobre Ud. que no le va a resultar simpática*”. La nota se publicó y el político hizo llegar el cheque de todas maneras porque la consideró como publicada “*con buena intención*”.

Se rechazaron muchos avisos que no se consideraron dignos de la línea moral de Estanquero. El propio director declinó un ofrecimiento suculento para un cargo directivo en una Sociedad Anónima de prestigio, pero cuya aceptación le hubiese significado perder por entero su independencia. Ningún redactor recibía un centavo por su trabajo. Todos los déficit de caja que, ocasionalmente, presentaba la revista, eran cubiertos por los editores.

Sin embargo, fue necesario preocuparse un poco más de la parte económica. Llegó a hacerse cargo de la administración de Estanquero Manuel Mayo Bodelon, quien realizaría una magnífica labor hasta 1952, fecha en que fue nombrado gerente comercial de La Nación.

* * *

UN AÑO.-

El primer cumpleaños sorprendió a Estanquero en una entusiasta actitud de avance. Nuevas plumas se habían agregado a su lista inicial. Desde los Estados Unidos llegaron las crónicas de Vicente Urbistondo. José Ramón Gutiérrez Olivos inició la publicación de la sección humorística “Metropolitanas”. Se reorganizó la parte dedicada al análisis económico bajo la dirección de Ricardo Cox Balmaceda. Se agregaron nuevos redactores: Carlos Sánchez Hurtado, Oscar Salas Elgart y Jorge Iván Hübner.

Las reuniones de los días jueves comenzaron a ser una tertulia política de gran interés. A veces asistían parlamentarios amigos. Poner las leyendas a las fotos del próximo número se convertía en un derroche de ingenio que nunca debía ser ofensiva. Allí nació la idea de hacer un concurso público llamado “El hombre del Año”, a fin de escrutar la opinión de la calle acerca de las figuras que habían alcanzado mayor relevancia en el año 1947, fuesen o no de las simpatías de la revista. Se nombró un jurado de la más probada imparcialidad que integraron Eduardo Barrios, Marco Antonio de la Cuadra, Jorge Hübner Bezanilla, Manuel Vega y Raúl Aldunate Phillips.

El concurso conmovió al país. Para algunos, fue el primer balance de la Administración González Videla. Para otros, una selección de nombres para las próximas elecciones. Las cartas con votos llegaban por centenares. Cada semana era preciso dedicar todo un día a ordenar los escrutinios para el conocimiento del jurado.

Muchos votos se acompañaban con cartas. Algunas se publicaron. Resultaba cómico —y commovedor— ver las presiones y curiosidades que la vanidad humana provocaba en personajes de alto nivel, los que por vías que consideraban “discretas”, llamaban por teléfono o enviaban mensajeros para saber, semana tras semana, los resultados parciales. Estanquero apareció en los estrados del Parlamento; y dondequiera que hubiese una revista ya aparecía recortado el cupón para votar.

El “Hombre del Año” elegido por los lectores fue el almirante Inmanuel Holger, recientemente nombrado Ministro del Interior y que había puesto en sus tornas al Partido Comunista y a sus commilitones de siempre. El concurso tuvo tal éxito —se recibieron más de 30.000 votos— que hubo que repetirlo al año siguiente.

Poco a poco, otros nombres se agregaron al cuerpo de redacción de la revista: Gonzalo Vial, Teodoro Lowey, Roberto Küpfer, Esther Edwards. Al grupo de dibujantes se

añadió Juan Echenique. El radio de acción de Estanquero fue creciendo de tal manera que se pensó hacer dos tipos de reuniones de trabajo: la de los redactores, a puertas cerradas, y la de éstos con los simpatizantes que cada día eran más leales y numerosos. Recordamos tertulias interesantísimas con personajes que, en circunstancias normales, jamás hubiésemos podido integrar a la revista, por lo menos con el grado de confianza que en ellas observamos: el padre Alberto Hurtado, el Embajador de España, José María Doussinage, la escritora argentina Teresa Bo, el poeta José María Suviron, el sacerdote Óscar Larson y muchos otros.

El 48 se abrió con un tono de optimismo. Unas elecciones municipales resultaron favorables a la oposición y muchos nombres ligados sentimentalmente a las ideas de Estanquero llegaron a las municipalidades bajo unas banderas misteriosas que con el nombre de “Agrario Laborismo” acaudillaba ostensiblemente el senador Jaime Larraín.

El año 1948 fue, también, un año de juventudes para la revista. Numerosos dirigentes universitarios vieron en ella la única publicación que se preocupaba de las inquietudes de las aulas superiores. Nombres como Julio Güemes, José Barzelatto, Juan González, Andrés Feliú, Francisco Javier Díaz, Edmundo Miquel y otros, aparecen en las páginas

dedicadas a la Universidad. Algunos de ellos se incorporarían más tarde, al Cuerpo de Redacción.

En este año, dos plumas importantes escriben para la revista: Miguel Serrano, sobre la obsesionante geografía de Chile (La Antártica y otros mitos) y el coronel (R) Ramón Álvarez Goldsack, sobre temas militares.

A fines de este año se descubrió un complot contra el gobierno. Se trataba de una conspiración confusa y descerebrada, que, sin embargo, alarmó enormemente a los medios políticos. El Mercurio de Santiago escribió, editorialmente, que el complot no era sino el resultado de dos años de “desgobierno” y del absoluto abandono en que se encontraban los grandes problemas nacionales y, muy especialmente, la defensa del país. Los diarios La Unión de Valparaíso y La Opinión de Santiago acusaron a El Mercurio de “alentar” el golpe. El gobierno pensó querellarse. Estanquero, sin defender ni a El Mercurio ni al “golpe”, destacó el valor de una posición política de análisis, tal como la había adoptado el Decano en un medio tan canijo como el chileno de esos días y, coincidió con El Mercurio en que la culpa de la presunta alteración constitucional la tenía la politiquería, la inmoralidad cívica y la falta generalizada de patriotismo. Pero destacó, además, algo que parecía increíble: la absoluta indiferencia del pueblo ante sucesos

que hubieran podido cambiar el curso de la Administración González Videla. La excepción la constituyó el Presidente de la República, quien, en una cadena nacional de emisoras, culpó a los gobiernos militares de América Latina de haber inspirado el complot. El senador Salvador Allende acuñó la frase: *“Estamos rodeados de una verdadera internacional de las espadas”*. Estanquero invitó a S.E. y al parlamentario socialista a meditar seriamente sobre la gravedad de sus acusaciones.

Entre los complotadores se había señalado al general Carlos Ibáñez, a los señores Ernesto Barros, Conrado Ríos, Guillermo Izquierdo y a varios uniformados. El Juez Militar de Santiago, general Santiago Danús, los declaró, más tarde, absolutamente inocentes. El complot se desinfló. Hubo quien se preguntó si no lo había inventado el propio Gobierno.

En aquel año, invitados por Jorge Berguño, asistimos a las reuniones de los jueves y quedamos incorporados al Cuerpo de Redactores.

* * *

LAS RELACIONES EXTERIORES Y EL TRATADO CON ARGENTINA.-

El año 1949 marcó para Estanquero un leve cambio de brújula en el énfasis de sus preocupaciones. Conservando siempre, como telón de fondo, la rasante política nacional, la revista volvió sus ojos a los temas internacionales. En esta época, muchos redactores de otras secciones comenzaron a escribir en “La Semana Internacional”. La cáustica pluma de Gonzalo Vial Correa proporcionó a este campo noticioso la sal de un comentario objetivo y valiente que, leído hoy, nos parece como clarividente.

El lector no debe olvidar que la segunda guerra mundial tendió una espesa cortina de humo sobre hechos y personajes, falseando un período dramático de la humanidad y haciendo cierto aquel aforismo que dice que en toda guerra la primera víctima es la verdad. Ambos bandos cayeron en el mismo pecado pero, a partir de 1945, comunistas y norteamericanos coincidieron en acumular sobre los viejos mitos maniqueístas de la propaganda bélica los mitos nuevos de su pugna ideológica.

Estanquero asumió la pesada tarea de ir despejando en la medida de sus fuerzas, un escenario lleno de tabúes,

complejos y falsedades y de presentar una historia más verídica, como una forma fundamental de análisis.

Por otra parte, la agenda diplomática estaba llena de temas. Se había realizado la Conferencia Panamericana de Bogotá, llena de incidentes dramáticos (el Bogotazo) y teníamos ya a la vista el llamado “Pacto de Bogotá” y otros documentos, en los que Chile iba adquiriendo más y más compromisos multilaterales, todos los cuales era preciso analizar. Si bien la delegación chilena estaba llena de nombres prestigiosos —la presidía Ernesto Barros, un buen amigo de Estanquero, resguardando frente a la Revista su conocida posición derechista— los redactores internacionales sabían que la conducción de nuestras relaciones exteriores estaba muy amarrada a fuerzas exteriores, especialmente las que Estados Unidos estaba estimulando en toda América a fin de hacer realidad un frente continental contra el comunismo soviético. Era el comienzo de la llamada “guerra fría” y los convenios de Bogotá estaban dirigidos a este alineamiento.

Estanquero comprendió, en cierta forma, que ningún gobierno de América Latina podía sustraerse a este ambiente y confió en que la serena presencia de Ernesto Barros y de los funcionarios de carrera de la Cancillería, sabrían acomodar el aire nuevo del cuadro ideológico impuesto

desde Washington a las normas tradicionales de nuestra diplomacia. No fue defraudado. El texto final del Tratado Interamericano para la Solución Pacífica de las Controversias llamado también “Pacto de Bogotá” lleva el sello indeleble de la juridicidad chilena.

Pero, en cambio, Estanquero fue muy crítico acerca de la forma en que se estaban llevando nuestras relaciones vecinales, especialmente las relativas a Argentina. El gobierno chileno había propuesto al de Buenos Aires un tratado *“de comercio e integración”* que había causado cierta polémica a ambos lados de los Andes. Pero la revista advirtió que tras el tratado y, a pesar de él, la Administración González Videla continuaba manteniendo una guerra verbalista contra el régimen del general Perón.

Esto hacía que el Tratado marchara a trompicones, despertando críticas y alabanzas que se mezclaban con las violentas expresiones democratistas de personeros del régimen y de sus parlamentarios adictos. El asunto hizo crisis cuando S.E. el Presidente de la República, en un discurso en la Quinta Normal, insistió en hacer una acusación formal a *“los gobiernos militares de América”* de estar socavando la solidez institucional del país. Argentina se sintió aludida y el presidente Perón ordenó la supresión de la venta de ganado a Chile. Dentro de las precarias

condiciones económicas del país de aquellos días, la población de Santiago quedó bruscamente sin carne. Mientras nuestro embajador en Buenos Aires buscaba alguna explicación que dar al gobierno argentino, el presidente González pidió a don Arturo Alessandri Palma, a la sazón Presidente del Senado y cuya amistad con el general Perón era conocida, que allanara el camino a una posible solución. Un diálogo telefónico entre Perón y Alessandri salvó el desliz de nuestro Jefe de Estado y siete mil novillos cruzaron la cordillera. Pero la frase hiriente siguió viva y Estanquero no dejó de expresar su alarma acerca de que el episodio descrito ponía en claro una penosa dependencia de Chile (esta vez en el plano alimenticio) del vecino país. Esto volvió a poner de moda el Tratado.

Estanquero se vio —y no por primera vez— en una desgradable encrucijada: parte de sus redactores eran partidarios del acuerdo y parte lo objetaba. Se buscó entonces una salida ecléctica: no opinar por sí mismo sino hacer hablar a personas autorizadas.

Durante diez números, la “Tribuna Libre” de la revista recogió la opinión de muchas figuras nacionales acerca del Tratado. Opinaron a favor Sergio Gutiérrez Olivos, Carlos Keller, y Sergio Carvallo Herrera. En contra, Hugo Rosende y Ricardo Cox Balmaceda. El ambiente entre los redactores

era confuso. Había en algunos de ellos una abierta simpatía por el gobierno del general Perón. Otros lo miraban con cierta desconfianza, entre ellos el director y los redactores de extracción derechista.

Pero había un consenso y era que nuestras relaciones vecinales estaban siendo mal llevadas, más que por una política errada que por la falta de convergencia en la voluntad política.

El embajador Germán Vergara, alma del Tratado, no lograba hacerlo avanzar debido a una actitud dubitativa de la Cancillería y del Parlamento chilenos. El presidente González tampoco miraba con simpatía un convenio que ataba a Chile a un gobierno como el argentino que él calificaba con amargura como “*una tiranía elegida por votación popular*”. El propio personal de la Embajada de Chile en Buenos Aires estaba mal elegido. El gobierno argentino pidió la salida de la agregada cultural, Marta Brunet, por su activismo antiperonista. El ejército de Chile debió reprimir a su Agregado Militar. En este ambiente de desaciertos, Estanquero, sólo podía contribuir estimulando la amistad entre los dos pueblos. Sergio Gutiérrez remitió desde Buenos Aires una excelente entrevista personal al general Perón, analizando el verdadero espíritu del Tratado que, en el fondo, era el espíritu de nuestras relaciones con Argentina. Y

fue, precisamente, el número de Estanquero en cuya portada aparecía la mano fraterna de Argentina estirándose hacia Chile en gesto cordial, el que el Gobierno eligió para intervenir la revista y censurar su texto en una actitud inesperada e inexplicable.

* * *

LA CENSURA.-

Por Decreto Supremo Nº 5.034 el 12 de noviembre de 1949, el Ministerio del Interior ordenó someter a censura previa a la Revista Estanquero, por razones absolutamente desconocidas.

El personal de Investigaciones, dirigidos por el funcionario del Ministerio del Interior don Manuel Aránguiz Latorre, irrumpió en la Imprenta “Cervantes” cuando la edición Nº 144 se encontraba lista para entrar en prensa. Era el 12 de noviembre de 1949.

Al requerimiento del director acerca de las razones que invocaba el gobierno para tanto atentado contra la libertad de prensa, el señor Aránguiz contestó que el procedimiento se hacía en virtud de lo dispuesto por la Ley de Defensa de la Democracia y que no tenía que darle explicaciones a nadie. Resultaba así irónico y sorprendente que la revista que más había abogado por una ley que pusiera freno a los desbordes comunistas y que había aplaudido sin reservas la legislación correspondiente, caía ahora víctima de su propia campaña.

La censura se efectuó sin ton ni son. El señor Aránguiz sacó párrafos del editorial, de varios artículos e incluso —

suponemos que inadvertidamente — censuró un texto de un discurso de S.E. Entre los párrafos censurados, se contó un comentario de El Mercurio que había salido sin censura en su órgano original, una semana antes.

Resulta curioso constatar que la portada fue ocultada por el cajero de la Imprenta, para salvar los clisés de la tetracromía, y que este hombre que ayudaba a Estanquero era un conocido miembro del Partido Comunista. Pensamos que el sonido de la palabra “Defensa de la Democracia” alentó en él una oscura solidaridad.

La revista quedó impresentable. Los funcionarios del gobierno se llevaron los plomos censurados. Grandes espacios blancos decoraban ahora las páginas de Estanquero. Clemente Díaz ordenó que la revista se imprimiera tal cual; y de paso ordenó doblar la edición. Se tiraron 12.000 ejemplares. La edición se agotó en una mañana.

Esperábamos que la prensa chilena alzaría una voz de protesta por la arbitraría medida adoptada con una revista legal en un país democrático. No la hubo. Una silenciosa complicidad pareció respaldar la inconsulta medida del Ministerio del Interior. Clemente Díaz hizo una declaración pública en la que decía:

“La medida de censura acordada en contra de Estanquero nos viene a confirmar, desgraciadamente, lo que hemos sostenido con insistencia en nuestras columnas: el gobierno y, en especial, el Primer Mandatario, buscan, junto con aplastar al comunismo, terminar con la oposición, y bajo la denominación de prensa roja se suprime todo lo que no sea alabanza.”

La declaración fue enviada al Colegio de Periodistas y a toda la prensa chilena. Nadie la publicó ni la comentó. El Colegio, tan celoso para defender al diario *El Siglo*, unos meses atrás, guardó prudente silencio ante este ultraje contra la libertad de prensa. Una sola publicación se refirió al tema y fue la revista *Nuevo Zig-Zag* que dirigía Raúl Aldunate. El artículo respondía a un amargo comentario sobre la libertad de prensa que había hecho a este último, en una conversación privada, Jorge Prat. El texto de *Nuevo Zig-Zag*, en verdad, más parecía disculpar al gobierno que criticarlo. La frase final era decidora: “*Olvidemos todo este asunto... y que no vuelva a ocurrir*”.

En el número siguiente al censurado, Estanquero salió lanza en ristre. Un telefonazo discreto del Ministerio del Interior llamando a la conciliación, enfureció al director. La portada resultó descriptiva: una flecha que se llamaba “*Ley de Defensa de la Democracia*” era lanzada contra un tablero

rojo —el comunismo— y se clavaba en el borde exterior del blanco, que se llamaba Estanquero. El retrato del Ministro responsable, almirante Holger, tuvo por subtítulo “*puntería poco marinera*”. La redacción se llenó de cartas de protestas y de solidaridad para la revista. ¿Qué motivó la censura? ¿Quién la ordenó? Años más tarde, se supo que al ministro Holger le informaron que el Nº 144 contendría graves ofensas contra el Presidente, en relación con el Tratado chileno-argentino. Nadie trató de verificar la denuncia; y la defensa de la democracia sirvió de pretexto. Aquí venía al pelo la frase de madame Roland, al subir a la guillotina.

* * *

PÁGINA A PÁGINA.-

Hay dos hermosos artículos en esos días de agosto de 1949. Uno de Gonzalo Vial sobre la muerte de Mahatma Gandhi y otro de Eduardo Anguita sobre el fallecimiento en Cartagena del poeta Vicente Huidobro.

“Difícil sería hallar en el firmamento de la poesía americana un nombre más brillante que el que acaba de extinguirse.”

Estanquero siguió con patriótico interés la política antártica del presidente González Videla y no dudó en dedicarle cálidas palabras de felicitación cuando el Jefe de Estado viajó al Continente helado y asentó allí su voluntad de soberanía nacional. La revista quería demostrar de esta manera que, pese a su antagonismo con el Jefe del Estado y al episodio de la censura, cuando se trataba de la grandeza de Chile, sabía reconocer el mérito dondequiera se encontrara.

* * *

APARECE IBÁÑEZ.-

El 20 de agosto de 1949 estalló lo que el humor popular denominó “*la revolución de la chaucha*” y cuyo nombre aludió al aumento de veinte centavos, que el gobierno autorizó para la movilización colectiva. Dice mucho del ambiente del hastío y malestar en que se encontraba sumergida la sociedad chilena, el hecho que un detalle tan pequeño haya producido un efecto tan violento. Las masas se lanzaron a las calles, muchos vehículos colectivos fueron incendiados y las federaciones estudiantiles declararon un paro. El temor que existió de que la huelga y los incidentes contagiaran a las centrales sindicales, aún controladas por el Partido Comunista clandestino, hizo que el gobierno negociara con los universitarios una solución equitativa. Estanquero apoyó esta salida en defensa del orden público. Nació así el “Pasaje Estudiantil”.

Don Carlos Ibáñez había sido detenido unos meses antes, a raíz de un complot que, como ya dijimos, era de confusa contextura y vagos objetivos y cuya torpeza era tal que dejó la duda de si tras su espectacular denuncia no se encubriría la mano del propio gobierno. Culpar al general Ibáñez de cuánta conspiración cívico-militar se descubriera

en Chile era ya una especie de tradición nacional e Ibáñez tomaba estos incidentes con una admirable filosofía.

Fuimos a verlo al Cuartel de Investigaciones donde estaba detenido provisoriamente, esperando el fallo del Juez Militar. Nos recibió con esa gentileza y bonhomía que eran su rasgo más atractivo en el trato personal y privado. Ibáñez era un caudillo nato, que irradiaba magnetismo sin necesidad de abrir la boca. Jorge Prat le hizo un análisis breve y muy completo, de la situación política y le preguntó si autorizaría a Estanquero para proponer su nombre para las próximas elecciones parlamentarias. El General contestó que “*en proponer, no hay engaño*” pero en cuanto a su aceptación, “*lo voy a pensar y les comunicaré*”.

En el número siguiente, el nombre de Ibáñez fue insinuado con prudencia. A partir de ese momento, ya no se separaría de la revista ni en la buena ni en la mala fortuna hasta que su gobierno, triunfante en 1952, marcó curiosamente —y en circunstancias bien distintas— el fin de la publicación.

* * *

EL CUARTO AÑO.-

Nuevos nombres se fueron incorporando al Cuerpo de Redactores: Óscar Espinoza Moraga, Gustavo Serrano, Eduardo Blanlot, Manuel Torres, Julio Velasco y José Valdés. Algunos fueron figuras fugaces y otros, traídos para temas específicos, como Tobías Barros Alfonso, terminaron escribiendo sobre todo y se matricularon con la revista en términos definitivos.

A fines de ese año, la revista, atendiendo la galopante inflación del país, subió su precio a diez pesos. Su tirada no disminuyó por ello. Reforzada por la vía humana y económica, la publicación inició su cuarto año de existencia.

En estas circunstancias, Jorge Prat, bajo su firma, se aventuró por primera vez a hacer un planteamiento doctrinario, consciente que al país le aguardaba un tiempo de definiciones y que era preciso ir proponiendo las bases fundamentales del pensamiento portaliano, tal como lo sentíamos todos y en cuanto era válido cien años después que el Gran Ministro lo impusiera a nuestra estructura institucional.

Entretanto, Estanquero resolvió celebrar su cuarto año con una comida que reunió más de cien colaboradores. Era

increíble cómo habíamos crecido. Llegaron centenares de cartas de felicitación. Clemente Díaz escribió:

“El regalo que el lector puede hacernos es darnos otro lector, otro suscriptor, otro informador, ya que, como es sabido, Estanquero vive y progresá gracias a esa pléyade de informadores oficiosos, reporteros voluntarios y gratuitos que día a día nos traen algo nuevo que comentar.”

Aquel mes nació el legendario archivo de Estanquero con miles de datos, cifras, antecedentes, biografías, recortes y correspondencia atinentes a nuestra vida política, archivo que más tarde había de jugar un papel muy importante en los días decisivos de la campaña presidencial de 1952 y en los siguientes, ya bajo el gobierno de Ibáñez. Fue un archivo impresionante, siempre bajo la custodia estricta y caballerosa de Jorge Prat.

El “Hombre” de aquel año fue el Contralor don Humberto Mewes. Entretanto, en Chile los parlamentarios escogían precisamente ese momento para subirse la dieta. El último chiste nacional era la letra protestada cuyo aceptante había dado por dirección a Morandé 80 y así lo consignaba fríamente el Boletín Comercial.

El retorno del Presidente de un bullado viaje a Estados Unidos, tampoco había calmado los ánimos. Unas

declaraciones del Presidente en Washington más otras del Canciller Walker en Chile, abrían el polémico tema del llamado “*corredor boliviano*”, cuyo manejo, al margen de la Cancillería, traería grandes dolores de cabeza al gobierno y provocaría una violenta reacción de la opinión pública. El “Comentario Político” de esa fecha se llamó “*Chile en subasta*”.

En 1950 se hizo el tercer concurso de “El Hombre del Año”. Salió elegido don Arturo Matte Larraín. Comenzaban a alinearse los nombres para la gran carrera presidencial de 1952: Arturo Matte, Jaime Larraín, Carlos Ibáñez, Salvador Allende, Bernardo Ibáñez, Horacio Walker, Carlos Vial, Eduardo Cruz Coke y Eduardo Frei.

Estanquero definía en su número 203 al Presidente de sus preferencias:

“*Tendrá que ser un hombre de categoría nacional. Con gran personalidad y don de mundo. Con gran talento y con una línea y un programa perfectamente definidos. No un improvisado reformador, sino un auténtico hombre justo, auténtico cristiano y auténtico chileno. Un hombre, en fin, que aunque reciba el apoyo de los partidos políticos, no quede amarrado a ellos ni cuide de sus intereses. Que no haya para él otro interés que el sagrado de la Patria*”.

Nuevos nombres se incorporaban al Cuerpo de Redactores: Ricardo Rivadeneira, Alejandro Albornoz, Luis Briones, Alberto Rodríguez y Mario Montero.

* * *

EL CISMA.-

En marzo de 1951, el partido agrario-laborista, cuarta fuerza electoral del país, anunció un peligroso cisma: los partidarios del general Ibáñez para candidato a la Presidencia de Chile se enfrentaron con los que creían que el primero era “*una carta gastada*” y que el candidato debía ser don Jaime Larraín. Fuerza es agregar que la figura de Ibáñez provocó este mismo cisma en otros partidos, especialmente en los de la izquierda. Lo lamentable es que el cisma también alcanzó las filas estanqueras.

Porque en la revista yacían soterradas dos tendencias muy fuertes que respondían a dos concepciones diversas del pensamiento portaliano: Los que creían que había que depurar a la democracia liberal sin suprimirla y los que creían que había que reemplazarla por una democracia orgánica y más participativa. Había, pues, un “estanquerismo” conservador y otro que podríamos llamar innovador.

El 17 de marzo, en su número 211, Estanquero dijo editorialmente:

“Los partidos políticos no representan en Chile, ni remotamente, a la nacionalidad. Fuera de ser entidades

inorgánicas, refugio de intereses de clase o de amarguras sociales, conforme se abandericen tras esos términos enfermizos de Derecha e Izquierda, cometan el delito de desfigurar la verdad patria. Cada partido ve a Chile de un modo diverso. De un modo parcial, y a la Patria hay que mirarla de un modo total. Además, el partido político no tiene asidero natural, no responde a una necesidad orgánica ni espiritual del hombre —como la familia, el municipio, el sindicato— sino que a intereses. Y así da origen al Parlamento Político.”

Y añadía:

“Hay gente que cree que los partidos tienen una razón próxima de existir. Nosotros creemos, firmemente, que no. En eso seguimos muy de cerca las doctrinas de don Diego Portales. Y, como él, soñamos con un Estado fuerte, orgánico y nacional. El parido político cada día responde a menos cosas, en Chile. Es una minoría que vive gracias a un mito. La gran mayoría de los chilenos está fuera de ellos y más allá de ellos.”

En el mismo número Estanquero comenta elogiosamente “*un noble gesto*”, la renuncia del senador Jaime Larraín a la presidencia del Partido Agrario-Laborista. Ella estaba basada en la “*desviación*” que el senador advertía entre las intenciones fundamentales del partido y el rumbo electoral

que ahora se anunciaba. Se refería, sin decirlo, a la simpatía que gran parte de sus correligionarios sentían por la candidatura del general Ibáñez. Pues bien, el mismo problema se advertía en el seno del Cuerpo de Redactores de la revista. El editorial transcrito fue el detonante. Varios de nuestros colaboradores protestaron por esta posición *"antidemocrática"* y que favorecía a *"un independentismo descerebrado"*. El cisma interno quedaba anunciado.

No era el primero que enfrentaba la revista, ni sería el último. Antes, habíamos visto muy divididas las opiniones de los redactores ante el Tratado argentino-chileno. Carlos Sánchez, Eduardo Blanlot y Sergio Gutiérrez fueron siempre partidarios de que Estanquero defendiera el Tratado. Otros, no. En la duda la revista recogió opiniones pero no se pronunció. Jorge Prat se negó a defender el Tratado y esto provocó la renuncia de varios redactores algunos de los cuales, como Carlos Sánchez Arturo Fontaine, venían desde los primeros días. Fue una pérdida dolorosa, pero Estanquero se las arregló para atraerlos más adelante, cuando los avatares de la política chilena dieron a estos temas otras prioridades.

El 15 de abril de 1951, el senador Carlos Ibáñez visitó a Estanquero. Sus declaraciones fueron publicadas en el N° 215. En conversación franca y llana el general suavizó los

términos de la disputa. Coincidio en que nuestra democracia era anacrónica, pero reconoció a los partidos políticos un rol “orientador” de la opinión pública. Dijo, además, que admiraba a Jaime Larraín y que si llegaba al solio presidencial, asignaba una enorme importancia a la colaboración del senador agrario-laborista. Fue ésta la primera de muchas entrevistas con Ibáñez, antes y después de su triunfo. En aquella ocasión dijo una frase importante: “*Uds. me lanzaron*”. Los avatares políticos iban a dar a esta frase un sentido esperanzador, a veces, y terriblemente desalentador en otras. Porque los candidatos son una cosa y los Presidentes, otra.

* * *

NUESTRO NACIONALISMO.-

Estanquero propuso e impulsó la postulación de don Carlos Ibáñez a la Presidencia de la República mucho antes que ningún grupo, partido o publicación. Lo hizo, valga el retruécano, cuando lanzó, como ya vimos, su candidatura a senador, estando el general detenido en el cuartel de Investigaciones, acusado de inspirar un complot de suboficiales de Ejército. El general nunca olvidó este gesto y lo recordó con firmeza y lealtad a lo largo de los años. El “*¡Uds. me lanzaron!*”, que ya hemos mencionado, lo repitió otras veces y en circunstancias más importantes.

A mediados de 1951, Jorge Prat y Clemente Díaz acordaron asumir la responsabilidad de lanzar la candidatura presidencial de Ibáñez a través de Estanquero sin ningún disimulo ni reticencia. Se produjo el segundo cisma interno. Jorge Castillo y el grupo de redactores vinculados a la derecha presentaron su renuncia. Se marcharon, también, los dibujantes que nos habían acompañado desde los primeros números, cinco años atrás: Alberto Cruz, Alberto Piwonka y Juan Eyzaguirre. Pero, en cambio, Estanquero vio mucho más definida la línea ideológica que yacía insinuada en sus editoriales y que Jorge

Prat anunciaba de tarde en tarde bajo su propia firma y sin comprometer mayormente a la publicación: el nacionalismo.

Jorge Prat creía que el alejamiento de los redactores que nos habían acompañado con tanto coraje y lealtad desde el principio, unidos tras las banderas del anticomunismo, señalaban el fin de una etapa, muy valiosa si se quiere, pero marcada con un sello negativo, de simple crítica, preocupada del vicio diario, del desfalco, del desorden o de la mala administración cotidianas. Creía que era preciso dar un paso adelante y convertir a la revista en el Órgano oficial de un pensamiento político, a fin que tuviese una personalidad propia dentro del seno de la fuerza ibañista, la que se preveía poderosa y multitudinaria.

El 22 de diciembre de 1951, Prat publicó, bajo su firma, un artículo que denominó “Nuestro nacionalismo”. Era el N° 250. Ese día la revista cumplía cinco años de existencia.

El artículo reconsideraba en términos realistas el anticomunismo de sus orígenes. Reconocía que el Gobierno, en una de sus tantas volteretas, nos había disputado, más tarde, la misma bandera. Recordaba cómo muchos amigos —y aún redactores— se acercaron a él para decirle que Estanquero ya no tenía razón de ser, que su guerra ya estaba ganada y que podría aprovecharse su fuerza aglutinante y al

valioso equipo humano reunido en esos años, para “*empresas mejores*”.

“Si —dice Prat— así habría sido si hubiera sido el anticomunismo nuestra razón de ser. Pero eso era tan sólo un accidente, una consecuencia de algo superior, mucho más grande, más permanente, más positivo. Nuestra razón de ser era el hispanismo y, dentro de éste, el nacionalismo. Como tales, hispanistas y nacionalistas, pero sin trastocar el orden de los conceptos. Nuestro hispanismo y nuestro nacionalismo nos ordenaron vivir. Y seguimos el camino, la senda dura, llena de incomprensiones, de zancadillas, de emboscadas; obligados a enfrentarnos sin amortiguadores con los políticos y sus influencias; con el oficialismo y su poder; con el mercantilismo y sus argumentos. Hemos dejado de dormir muchas noches... ¡Pero cuando hemos dormido, lo hemos hecho magníficamente, con la conciencia del deber cumplido!”

“Somos, sin lugar a dudas, la primera revista nacionalista en el tiempo y en la calidad del país. Ocupamos en la América Española —donde Estanquero circula con profusión—, un lugar destacado predilecto. Nos lo dicen nuestras vinculaciones cada vez mayores con el nacionalismo de cada país hermano, que ve en

nosotros un ejemplo de acción perseverancia y de docencia desapasionada.”

“Nuestro nacionalismo ha prosperado porque, no es un nacionalismo declamatorio, fanático, tropical; porque no está asentado en nuevas teorías inaplicables, sino en experiencias y realidades; porque no está conectado con partidos políticos ni con sus intereses temporales, porque no está predeterminado, esto es prisionero de doctrinas sociales y económicas de tipo liberal o de tipo socialista que lo esterilicen y violenten.”

“Nuestro nacionalismo ha prosperado porque constituye en su esencia lo que es el verdadero nacionalismo el criterio que establece la prioridad del interés patrio sobre otro interés.”

“Para ser nacionalistas, según este criterio, se necesita, en primer lugar, no estar afiliado a partidos, ni tener ocultas simpatías y amistades con alguno o alguno de ellos. ¡Qué fácil y sutilmente se confunde en la práctica el interés del partido con el interés del país! Para ser nacionalista, según este criterio, se necesita, desde luego, no estar comprometido con el socialismo ni con el liberalismo, como doctrinas económicas.”

Pero los violentos incidentes de esos días revelaron a todos, gobierno y oposición, que el clima político estaba muy caldeado y que el descontento popular, cuatro años después de iniciarse la Administración González Videla, había desbordado los cauces y anunciaba un fuerte deseo generalizado de cambios.

Fue en este ambiente cuando resurgió la figura del General Ibáñez.

* * *

LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL DE 1952.-

La candidatura de Ibáñez prendió en Chile como yesca en un pajar reseco. La personalidad del general, madura por varias luchas electorales anteriores, hablaba por sí misma. Cuando Estanquero lanzó su nombre, la reacción de la gente fue tan impresionante que sorprendió, incluso, al propio Ibáñez. Con un año y medio de anticipación se formaron grupos ibañistas en todas las ciudades y pueblos de Chile.

Dos partidos políticos, el Agrario-laborista y el Socialista-popular, lo proclamaron casi de inmediato. Y, como era lógico imaginar, sus adversarios —la Derecha económica y el gobierno— le declararon la guerra sin contemplaciones. Ibáñez les pagó con la misma moneda: dividiendo, con su solo nombre, a todos los partidos políticos chilenos, menos al comunista.

Durante el primer año de la campaña, Estanquero fue de una utilidad enorme para la candidatura ibañista, pues ésta carecía absolutamente de prensa y la que apareció más tarde, nunca dejó de ser un periodismo de guerrilla. Muchas veces, discursos importantes de Ibáñez, especialmente los pronunciados en provincia, sólo fueron conocidos a través de Estanquero. Ningún diario los publicaba y la libertad de

prensa, como en tantas otras ocasiones, funcionaba de puertas adentro.

La revista vio fortalecidos sus cuadros. Llegaron Hernán Fuentes, Germán Vidal, Mario Arnello y muchos otros. Las portadas quedaron a cargo de León Domeyko y de Alfredo Holt.

El estilo de Estanquero no cambió. Continuó en sus campañas de bien público y fuerza es decir que, pese a la pasión desatada por la lucha electoral, muchas de ellas fueron escuchadas por el gobierno. A fines de 1951, Estanquero pedía la destitución del Intendente de Aisén, cuyas irregularidades de todo orden había denunciado implacablemente. Una semana más tarde, por orden del presidente González, era separado de su cargo.

Pese a la tónica apasionada que el momento político hacía inevitable, la revista continuó manteniendo un lenguaje digno y una temática universal. El hermoso artículo de Miguel Serrano con ocasión de la muerte de Eva Perón fue reproducido por casi toda la prensa de Hispanoamérica y España. Una interesante entrevista a Fabiola Letelier, delegada de Chile a un Congreso femenino de Falange Española, tuvo los honores de la reproducción en Mundo Hispánico, tal vez la publicación más difundida de habla española. Las plumas de nuestros colaboradores de

costumbre no se entintaron en la lucha política. Eduardo Anguita, Roque Esteban Scarpa, Ricardo Donoso y otros siguieron manteniendo sus temas y estilos, en medio del torbellino electoral.

No ocurría lo mismo, naturalmente, en el plano editorial. El lenguaje se había hecho incisivo. En el Nº 284, de 8 de diciembre de 1951, en un texto llamado “La Sanción pública” se recordó la responsabilidad del hombre público frente a la ciudadanía y a la posteridad. Se habló de la justicia del pueblo y se mencionó la institución de “*el juicio de residencia*” a que estaban sometidos los funcionarios de la Corona española en la época imperial. El editorial sonó como una amenaza. La indignación inundó a los grandes diarios y a los espacios radiales. La sanción, fundamento del orden portaliano, apareció como una injuria en un medio político que aseguraba, día a día, que no tenía nada que reprocharse. Y que, insensiblemente había hecho de la impunidad una especie de póliza de seguro sobre la base, tan campechana, de “*hoy por ti, mañana por mí*”.

Consecuencias de estas reacciones y amparado, sin duda, por las calurosas acogidas que estos editoriales de Estanquero tenían en la calle, ya muy caldeada por las futuras elecciones, fue el endurecimiento del tono:

“A veintiséis días de la elección presidencial —decía el editorial del Nº 280 de 9 de agosto de 1952— el régimen masonsocialcristiano que fenece, muestra la hilacha con la mayor impudicia. Y lo que es peor, o mejor, según del lado que se le mire hace que la muestren otros conglomerados políticos que ocasional e hipócritamente vestidos de restales clamaban contra las inmoralidades del régimen y prometían el oro y el moro, para cuando ellos estuvieran arriba. A la postre, ha quedado demostrado lo que siempre hemos sostenido: que los políticos en Chile, del bando que sean y con la cara que tengan, mientras pertenezcan afiliados a un partido político, son lobos de un mismo pelo, cortados con la misma tijera. Y la opinión pública los mide con el mismo rasero de desprecio y de vergüenza.”

Más adelante:

“Pero no nos conformemos. No echemos cortinas de olvido a toda esta mugre. No hablamos de perdón ni de serenidad. La hora de Chile no puede ser olvidadiza ni serena. Hay que tomarles cuenta a todos estos señores que creen que con huir de un ministerio o del palado de gobierno se lavan las manos. hay que tomarles cuenta a los parlamentarios que, debiendo fiscalizar, no fiscalizaron, que debiendo corregir, no corrigieron y que

debiendo desenmascarar las ventas, fueron a su vez, comprados y vendidos.”

¿A quien habría de juzgarse?

“A todos. Socialcristianos ingenuos y oportunistas. A radicales sin conciencia. Allí tradicionalistas de golpe al pecho y mano metálica. A liberales de sonrisa fácil y actitud alevosa; allí al comunista que traiciona al suelo que le da el pan. Allí todos, rapaces e ingenuos mentirosos y deshonestos.”

Era el lenguaje de la hora. El lenguaje del desahogo de una larga denuncia, de una constante lucha de cinco años, de una amargura patriótica que buscaba una ventana abierta para respirar. Miles vibraban con este sentimiento.

Pero no era el lenguaje de Ibáñez. Muy otro era el espíritu del general victorioso. El hombre que había abandonado el poder el año 1931, dejando tras sí una obra formidable y la herencia de un Estado moderno para su pueblo; que había sufrido destierro y humillaciones; que había debido soportar el dolor de ver perseguidos a sus familiares y amigos; que había sido calumniado en la forma más soez, regresaba al solio supremo de Chile sin la menor amargura y sin un solo rencor. En la entrevista que concedió a Óscar Salas Elgart para Estanquero, la primera después de

su triunfo, dijo que esta victoria significaba para él “*su más hermosa justificación histórica*”.

En medio de la euforia de la campaña nadie reparó en la profunda verdad de esta frase. Y nadie reparó tampoco, que esta “*justificación histórica*” constituía una etapa vital para el nuevo Presidente y que ella ya estaba lograda el 4 de septiembre de 1952, cuando aún no empezaba a gobernar.

Para Estanquero quedaba, pues una larga jornada por delante.

* * *

EL 4 DE SEPTIEMBRE DE 1952.-

Una semana antes de la elección presidencial, nadie hubiese podido reconocer en Estanquero a la pequeña revista que cinco años atrás salía a la calle sin más armas que su ideal y su valentía. Ahora todo había cambiado. Sin confundirnos con la máquina gigantesca de la candidatura de Ibáñez, con sus miles de comités y secretarías, sin enredarnos en los innumerables ardides de una lucha electoral de tan apasionadas características, nuestro equipo trabajaba día y noche por un triunfo en el que habíamos puesto todas nuestras esperanzas.

Nada recordaba al Estanquero de antaño. Las oficinas se nos hicieron estrechas para los cientos de visitantes de cada día. La imprenta “Cervantes” (ahora “Gútenberg”) no daba abasto para atender tantas órdenes y contraórdenes de cada edición.

Habíamos llegado a tirar 20.000 ejemplares semanales. La mañana de “las cuatro marchas”, última gran concentración ibañista en Santiago, las prensas trabajaron sin parar, arrojando a la calle tres ediciones sucesivas del número 283. Sesenta mil ejemplares que se disputaron en las

calles de la capital y que viajaron a todo el país y al extranjero.

Las noches previas al 4 de septiembre, en Estanquero nadie durmió. Una especie de fiebre colectiva nos galvanizaba junto a las máquinas de escribir y a los teléfonos, mientras decenas de personas entraban y salían. Caras conocidas y desconocidas. Y muchos —lo sabíamos— que no eran nuestros, pero que al olor de la victoria del ibañismo, venían a hacer “acto de presencia” junto a la revista de la primera hora.

Costó sacar el número del triunfo. Debimos imprimir primero las secciones de temas no políticos o que, por lo menos, no incidieran en la elección. Se dispusieron tres proyectos de portadas, para todos los eventos posibles de la jornada decisiva, con instrucciones precisas de destruir las otras dos tan pronto se supieran los resultados oficiales.

Jorge Prat ordenó hacer varios editoriales y él mismo redactó uno. Se instruyó a todos los redactores de votar a primera hora del día para tener el 4 de septiembre a nuestra entera disposición.

El Ministerio del Interior no pudo dar cifras oficiales hasta muy tarde. Estanquero, que aguardaba con las prensas listas y los obreros alertas, la orden de imprimir “La Semana

Nacional” y la portada, no pudo entrar en acción hasta el amanecer del día 5. La revista salió a la calle el 6, cuando ya la victoria de Ibáñez llenaba el ambiente y una ola de estruendosa algazara conmovía al país.

El editorial de Estanquero dice así:

“Hemos triunfado. Por sobre el cohecho desenfrenado de la derecha económica, contra la intervención más descarada del gobierno radical, contra las mentiras, las calumnias, las balandronadas de “La Nación” y del “Ilustrado”, contra los rumores, las presiones y las profesías, hemos triunfado. Ibáñez es ahora Presidente de Chile.”

En el mismo número, la revista publicó una galería de retratos y de acusaciones que tituló: “Después de la batalla, los cadáveres”. Era una larga serie de figuras de la política que, en el curso de la lucha electoral se habían caracterizado por su animadversión a Ibáñez y particularmente, a Estanquero.

Ellos eran los señores: Ladislao Errázuriz Pereira, Hernán Videla Lira, Gregorio Amunátegui Jordán, Osvaldo de Castro, Joaquín Prieto Concha, Luis Silva y Silva, Horacio Walker Larraín, Manuel Muñoz Cornejo, Bernardo Leighton Guzmán, Salvador Allende Gossens, Armando Mallet,

Volodia Teitelboim, Fernando Maira Castellón, Manuel Trucco Gaete, Luis Alberto Cuevas, Germán Picó Cañas, Raúl Rettig, Ismael Edwards Matte, Ricardo Letelier, Darío Poblete, Ramón Cortés Ponce, general Guillermo Barrios Tirado y Claude G. Bowers.

Ésta fue, a no dudar, la página más polémica de la revista en toda su historia. Creó odios que no se borraron con la simple desaparición de Estanquero. Jorge Prat y Clemente Díaz recibieron amenazas de muerte y cartas injuriosas ofreciendo venganza. Aun cuando el tiempo pudo, más tarde, limar las aristas de esta “batalla” y aún acercarnos, en diferentes circunstancias, a algunos de “*los cadáveres*”, el recuerdo de esta denuncia pública perduró más allá de lo que sus redactores, tal vez, pretendieron. Una semana más tarde, el gobierno de los Estados Unidos anunciaba el retiro del embajador Bowers.

Comenzó, entonces, un período fecundo de preparación. Clemente Díaz y Manuel Mayo se integraron a un equipo ibañista destinado a ordenar la prensa del nuevo régimen. Jorge Prat, a quien suponíamos como jefe del futuro gabinete, fue sorprendido con el ofrecimiento de una Embajada —que rechazó— para luego aceptar la Presidencia de la Caja de Ahorros, núcleo central de su proyecto de Banco del Estado. Raúl Bazán quedó en un comité de

reorganización del Ministerio de Relaciones Exteriores. Otros redactores integraron equipos de estudio en temas de Educación, Justicia, Agricultura y Salud. Todo esto ocurría en la llamada “Moneda chica”, especie de semigobierno que a veces funcionaba en la Secretaría del Comando Ibáñista, en la calle San Martín, y, a veces, en la casa del propio Ibáñez, en la calle Dublé Almeyda.

En esos días Estanquero se quedó casi sin redactores. Era difícil completar la edición de cada semana. En cambio, ¡qué cantidad de avisos y de suscripciones! El triunfo de Ibáñez había convertido a la revista en un panal al cual “cien mil moscas acudieron”.

Prat ordenó, contra toda conveniencia económica, pero velando por la pureza moral de la publicación, una rigurosa selección de los avisos. Y así vimos partir de regreso, decenas de cheques con cartas poco explicativas alegando que Estanquero *“carecía de espacio”* para tal o cual anuncio y que *“se agradecía”* la confianza.

Comenzaron a desfilar, también, extraños personajes que venían a hacer unas misteriosas confidencias, denunciando a personeros o a manejos del gobierno radical, que Prat o Díaz recibían con enorme desconfianza y hasta con cierto rechazo. Un alto funcionario de Investigaciones vino a entregar la célebre *“libreta del pintor Madge”*, encontrada en la casa del

artista la noche de su asesinato en Valparaíso. En esta libreta aparecía una siniestra lista de homosexuales de las más altas esferas de la política, la banca y la administración. A cambio, pedía que se le conservara su puesto. Jorge Prat ordenó quemar la libreta. Casos similares se vivieron cotidianamente. Se dio orden de despedir sin contemplaciones a todo aquel —ibañista o no— que viniese a pedir una recomendación. Se confeccionó un letrero que se puso en la puerta de las oficinas explicando que Estanquero no daba tarjetas de buena conducta ni era “cuña” para nadie. No creemos que nuestro ejemplo haya servido de mucho ni que todos los triunfadores nos hayan imitado.

* * *

EL ALMUERZO DE LA VICTORIA.-

Jorge Prat organizó un almuerzo de homenaje al futuro Presidente, en el Círculo Español. Fue un almuerzo de “afirmación estanquera”. En medio de la euforia del triunfo y de la proliferación casi agobiante de grupos, comités y organizaciones “ibañistas” de última hora, se estimó conveniente recordarle al General que Estanquero constituía una personalidad propia, incontaminada y sin compromisos, con un plan de gobierno perfectamente preparado y un equipo capaz de realizarlo. Era bueno, además, recordar al ahora Presidente los postulados básicos propuestos al entonces candidato y reiterarle nuestra lealtad y confianza.

Nada de esto era, realmente necesario. Ibáñez tenía muy buena memoria y cuando no recordaba algo era porque no quería.

El almuerzo resultó, pues, un éxito. Asistieron unos 200 estanqueros más o menos probados. El ambiente fue de amistad y camaradería. Hablaron Jorge Prat, Mario Montero y Mario Barros, este último por los estudiantes universitarios. Jorge Prat estaba en su día. En un estilo sobrio y sin tonos altisonantes explicó, una vez más, su concepto del Estado portaliano que favorecíamos, la síntesis básica del

plan de gobierno que esperábamos y aseguró al general nuestro apoyo. Jamás le habíamos escuchado una síntesis más acabada de tantas ideas como acariciábamos. Montero y Barros no hicieron sino completar brevemente esta exposición.

Ibáñez contestó sin ponerse de pie, en un lenguaje emocionado, corto y sin compromisos. Recordó el paso de Estanquero al lanzar su nombre dos años atrás y volvió a agradecerlo. Tuvo una palabra de gratitud a Prat y a todos nosotros. No se refirió para nada a su plan de gobierno y al pensamiento portaliano. Al final levantó su copa y brindó por Estanquero y “este selecto grupo de amigos”. Grandes aplausos.

Comenzaba, entonces, una nueva etapa. Y para decir las cosas claramente Estanquero tendríamos ahora dos frentes de combate: el apoyo al régimen, trinchera natural dado su compromiso con el triunfo; y el propio ibañismo, multitudinario y desorganizado, cuya bandera —el general Ibáñez— creía ya haber alcanzado “su justificación histórica”, y cuya acción futura era, a partir de ese momento, un verdadero misterio.

* * *

PREPARANDO EL GOBIERNO.-

El grado de tensiones y de apasionamiento que se vivió en Chile en 1952 sólo se puede comparar al del año 1920. En ambos casos se ponía al país ante la alternativa de cambiar su rumbo, no por el viraje de sus viejas brújulas nacionales, sino por el reemplazo de los dirigentes —fueran ellos de izquierda y de derecha— que guiaban el barco. El año 1920 ellos habían sido las capas sociales. En 1952 eran los partidos políticos, encabezados, durante catorce años, por el partido radical. Oligarquías gastadas, en lo social las primeras, en lo político las segundas. Pero, más que eso —y así lo sentía Estanquero— por la crisis institucional.

Chile vivía en esos años el desgaste profundo de un sistema democrático absolutamente enfermo e ineficaz. Simple fachada de participación popular en que una media docena de directivas partidistas que se decían —y, tal vez, lo creían sinceramente— representantes del pueblo, manejaban a su amanecer la vida nacional. La democracia entendida por esta gente, era un simple juego de gabinetes, prebendas, concesiones, arreglos y compromisos, todos ellos a espalda de la gran masa ciudadana y sin una orientación impregnada de sentido nacional que a lo menos justificara esta administración de círculo.

Estanquero creía que el general Ibáñez y su equipo terminaría con todo esto.

Imaginaba una etapa nueva, en que los partidos y los cenáculos económicos retrocederían a la penumbra a fin de que emergiera una generación nueva, sana, llena de patriotismo y de ideales superiores, capaz de conducir al país hacia rutas en que sólo prevaleciera el interés de Chile y su pueblo.

¿No se había hecho de estas ideas el lábaro de la campaña presidencial? ¿No era la escoba el símbolo de la nueva era? ¿No se había denominado Ibáñez “*el general de la esperanza*”? Nos habíamos embarcado con alma y vida, en una empresa nacional, superior a las ideas partidistas y queríamos que esa empresa se pusiera en marcha y diera frutos.

Este planteamiento, dicho editorial tras editorial, antes de las elecciones produjo polémica, y quizás, también, un poco de rabia, de alarma, de debates y de dudas. El Diario Ilustrado nos insultó en forma soez. Pero no respondimos. El problema surgió cuando Estanquero continuó con el mismo planteamiento, en términos cada vez más apremiantes, después del triunfo de Ibáñez, cuando la prédica ya no se hacía en el desierto si no en un suelo preparado por nosotros

mismos y ante gente que habíamos contribuido a subir al poder. Entonces el planteamiento produjo verdadero temor.

En ese período incierto que iba entre la elección de un Presidente y el inicio de su gobierno efectivo, que la voz popular llamada “Moneda chica”, la tensión subió de grado. La revista advirtió, con la responsabilidad necesaria, que muchos de sus redactores serían llamados a labores de servicio público. Es más, en los números posteriores al 4 de septiembre, tanto Jorge Prat como Carlos Keller propusieron bases fundamentales para un plan de gobierno. El primero, en el terreno de los planteamientos doctrinarios acerca de un Estado portaliano actualizado; el segundo, sobre ideas técnicas basadas en cifras y datos extraídos de su conocido Censo Económico. Tuvimos información acerca de que ambos proyectos habían provocado malestar en el círculo cercano a Ibáñez y en las directivas del agrario-laborismo, pese a que estas últimas decían compartir la manera de pensar de Estanquero.

Sentíamos vagamente que aún antes de haber comenzado el gobierno de Ibáñez, empezábamos a ser “la piedra en el zapato” de los hombres que rodeaban al futuro presidente. La ostensible postergación de Jorge Prat en los nombres que se barajaban en “La Moneda Chica”, el silencio de Ibáñez ante los rumores insidiosos que le asaltaban todos

los días y en que las palabras “fascistas”, “totalitarios”, “dictoriales”, “corporativistas”, “antinorteamericanos” comenzaban a deslizarse hasta las mesas de decisión. Ante estas circunstancias Estanquero contraatacó. Un editorial admirablemente bien concebido reclamó nuevamente su absoluta independencia y anunció, que enfrentaría la nueva administración con libertad y sin compromisos. Conocida, como era, su fuerza dialéctica y el área popular que cubría, las mesas de decisión resolvieron ser prudentes. Los rumores cesaron.

* * *

EL NUEVO GOBIERNO.-

El 4 de noviembre de 1952, terminó la administración de don Gabriel González Videla y asumió el poder supremo el general Ibáñez. Gabriel González, abandonado por tirios y troyanos —empezando por su propio partido— regresó del Congreso Nacional, donde había entregado la banda presidencial a su más enconado adversario, en una sombría soledad. Estanquero, que lo había fustigado implacablemente durante seis años, le rindió una caballerosa despedida. Aún la sección “Metropolitana” que había hecho befa de muchos actos de su gobierno, le dedicó un párrafo cordial. En realidad, González Videla era un producto de su medio. Político de profesión, electoralista vocacional, había dedicado toda su vida a un solo objetivo: ser Presidente de Chile. Para lograrlo, no había dudado en halagar a los partidos marxistas con los cuales no tenía ni el más leve pensamiento en común, en levantar el puño ante las multitudes enardeciditas (¿Cómo olvidar el extraño poema del tornadizo Neruda *“y el pueblo lo llama Gabriel”*?) y en aliar el aceite con el vinagre en el cenáculo de las asambleas partidistas.

Resulta difícil involucrar en todo esto al Jefe de Estado. Pero existía una responsabilidad cívica y Gabriel González

debió asumirla. Esto es lo que impidió, con la injusticia que siempre lleva implícita una campaña electoral, que obras sólidas de su administración —Huachipato, La Serena, los grandes planes de regadío— se perdieran tras una imagen de liviandad, de frases altisonantes y de gestos demagógicos que chocaban con las más austeras tradiciones de los Presidentes de Chile.

El 4 de septiembre de 1952 el pueblo chileno había dado su veredicto y dos meses más tarde se cumplía la sentencia: el olvido y la soledad para un hombre bueno e inteligente que había derrochado en seis años el caudal de confianza que había traído consigo al asumir su alto cargo.

El ibañismo —al margen de la enigmática personalidad de su abanderado— no daba grandes señales de definirse. Era una masa enorme, confiada y llena de esperanzas, pero que carecía de filas, mandos y doctrinas. Aun la simbólica escoba de la campaña parecía guardada en un rincón, en espera de que, en medio de tantas amenazas y de tanto insulto, alguien se resolviera finalmente a empuñarla.

El primer gabinete fue, qué duda cabe, el cubo de agua helada sobre la fe ardiente de los ibañistas. Cada Ministro inicial era un hombre histórico lleno de méritos, pero que pertenecía de lleno al viejo esquema y que, al igual que el Presidente, cada uno buscaba, a su manera, “la justificación”.

No había juventud ni nombres nuevos, ni planes definidos. Para colmo, los hombres claves de la campaña habían sido enviados al exterior: Conrado Ríos a Argentina, Tobías Barros a Italia, Aníbal Jara a los Estados Unidos. En cambio, diplomáticos meritorios, como Félix Nieto, habían sido separados de la nueva administración, con desdén e injusticia.

Estanquero comprendió que “la Moneda chica” a la que tan poco acceso había tenido, no había sido una mesa de planificación sino una loca repartija de cargos y de reparaciones.

En febrero de 1953, Clemente Díaz fue llamado por Carlos Dávila para reabrir el diario Los Tiempos filial vespertino de La Nación. Se iba una de las piedras angulares de Estanquero.

Díaz había empezado en diciembre de 1946 como redactor; para continuar en marzo de 1947 como secretario de redacción; en agosto de ese año, como Director y en esta calidad, condujo la revista hasta febrero de 1953, a través de sus más difíciles —y también triunfales— singladuras.

Le reemplazó Carlos Sánchez Hurtado, estanquero de la primera hora pero que, sin embargo, había abandonado la revista cuando Jorge Prat se negó a apoyar el Tratado

económico con Argentina. Cesado el problema, regresó al hogar doctrinario y allí le sorprendió su nueva responsabilidad. Mario Barros le acompañó como subdirector, cargo que ostentaba desde 1948.

Nuevos nombres llegaron a la revista: Ignacio Cousiño, como gerente comercial, Ismael Guzmán, Héctor Streeter, Franklin Zamorano, Alberto Montealegre y Ángel Fernández, como redactores. El resto del equipo no sufrió variaciones.

El precio de la revista subió a \$ 15 y se entregó la distribución al sindicato de suplementeros, cuya adhesión a la causa de Ibáñez había sido notable.

* * *

LA PAZ DURÓ MUY POCO.-

En febrero de 1953 Estanquero criticó muy duramente al Ministro de Hacienda, Juan Bautista Rossetti por haber “negociado” la ley de Facultades Extraordinarias con las bancadas radical y liberal en el Parlamento. Pese a que la crítica de la revista era compartida en Palacio, y que Rossetti fue removido del ministerio en marzo de ese año, supimos que el Presidente había percibido esta actitud de Estanquero con cierto malestar.

A esto se añadió una denuncia de Estanquero acerca del transporte gratuito de la revista Occidente —órgano oficial de la Masonería chilena— en la LAN, la que tocó muy en vivo a su Vicepresidente el general Merino Benítez; un número más tarde, Estanquero, golpeaba otra vez a la LAN por entrega de avisos a la radio “La Voz del Sur”, cuya campaña antibañista había sido particularmente violenta, cuatro meses atrás.

Dos sucesos importantes sepultaron por el momento, las divergencias: la elección senatorial por Santiago y el viaje oficial a Chile del General Juan Domingo Perón. Más tarde, iba a agregarse la renovación de la Cámara de Diputados y parte del Senado, con la consiguiente expectación y

entusiasmo que el pueblo chileno ponía en esos días en los procesos electorales.

En noviembre de 1953, Estanquero rompió el fuego con una portada polémica y agresiva: era la foto de un anuncio del Teatro de la Universidad Católica de la pieza “El Senador no es honorable”, ataque imbarajable al Parlamento que se iba, puesto que se trataba de un anuncio que se exhibía públicamente en las calles de la ciudad. El Nº 298 de la revista, que llevaba esta portada, tuvo una amarga acogida en el Poder Legislativo. Estanquero aprendió lo que puede el peso de una imagen. Otras portadas serían más fuertes.

El ibañismo llevó al Senado, en reemplazo del general, a la señora María de la Cruz. El entusiasmo duró poco. Algo más tarde, la oposición se encargaría de desaforar a la flamante senadora. Uno a uno, el ibañismo iría perdiendo en el Congreso por traición, por desidia, por mentecatez y por simple silencio, a todos sus partidarios.

Estanquero iría siguiendo el paulatino desmoronamiento de la hueste que había triunfado algunos meses antes, haciendo continuos llamados de atención y señalando con dedo firme a los parlamentarios que cambiaban de bando o que, simplemente, se sacaban la careta. Un caso típico fue el diputado José Cueto, elegido como ibanista y que se declaró, bruscamente, como perteneciente a un partido de oposición.

Estanquero puso de relieve su voltereta y el diputado anunció una querella criminal que, por supuesto, nunca llegó a materializarse.

Con Carlos Sánchez en la dirección de la revista y su conocido afecto por la hermandad chileno-argentina —era Secretario General del Instituto homónimo— resulta casi innecesario decir que la visita a Chile del Presidente Perón fue destacada al máximo. El acta de Unión Económica que ambos gobiernos propusieron fue vivamente aclamada por la revista, hasta el extremo que Jorge Prat, desde su ya lejano sitial en el Banco del Estado, se vio obligado a aconsejar moderación pues le asaltaban las mismas objeciones que algunos años atrás había tenido frente al Tratado de Complementación Económica que tanto entusiasmara a Sánchez y cuyo rechazo final por Estanquero había provocado su alejamiento.

La historia le dio, una vez más, la razón a Jorge Prat. El Acta, modificada sustancialmente, dos meses más tarde, por el ministro Oscar Fenner, apenas pasó a ser una manifestación de buenas intenciones y Perón se desinteresó de ella, profundamente desilusionado.

* * *

“ESTANQUERO” Y LA LIBERTAD DE PRENSA.-

Pasado el gran miedo de noviembre de 1952, la prensa opositora había vuelto a levantar cabeza esta vez con una violencia y una procacidad que recordaban los peores días de la campaña presidencial. Ibáñez no tenía más prensa que La Nación y el aún nonato Los Tiempos, diarios cuyo poder de convicción, a lo largo de toda su historia, ha sido muy limitado, por el simple hecho de ser oficialistas. Con Estanquero no podía contar más que en sus aciertos. La revista regresaba a una difícil posición de objetividad que hacía muy difícil calificarla como “gobiernista”, en el sentido incondicional de la palabra.

La prensa de oposición, en cambio, no sólo poseía una impresionante red de diarios y revistas, sino subsidios al papel y una cartera de avisos que la derecha económica alimentaba con generosidad. Lo mismo podía decirse en el ámbito radial. Aun cuando Jorge Prat puso a Radio Corporación —dirigida por Ruperto Vergara— a disposición del Gobierno, como propiedad del Banco del Estado, la oposición le desplegó al frente, casi medio centenar de emisoras, absolutamente controladas por los partidos políticos derrotados.

Estanquero resolvió enfrentar el problema desde su mismo seno, es decir el periodístico, y en su número 308 publicó lo que fue tal vez su portada más difundida. Ella representaba un telón —la libertad de prensa- que ocultaba un gran basurero, cuyos desperdicios eran las bonificaciones al papel, el avisaje político, el control económico de la información y la dependencia de los diarios y revistas a los círculos de la oligarquía. Sobre telón y basural, volaba un buitre que se alimentaba de toda esta inmundicia.

El escándalo no es para descrito. Fuera de las réplicas indignadas de El Mercurio, El Diario Ilustrado, El Debate, La Opinión y El Siglo, el Colegio de Periodistas, dirigido por Juan Emilio Pacull, publicó una carta furibunda, acusándonos derechamente de propiciar la censura y terminar con la libertad de expresión. Resultaba curioso que el mismo organismo que había permanecido en medroso silencio cuando el gobierno anterior había censurado a Estanquero, rasgara hoy sus vestiduras ante una simple portada que no pretendía sino denunciar hechos concretos para dignificar, precisamente, a la prensa.

La cosa pasó a mayores. El Colegio presentó una denuncia a la Sociedad Interamericana de Prensa, la que, lógicamente, “manifestó su preocupación”. La portada 308 fue reproducida en el The New York Times y en Le Monde.

La Moneda tembló. La Nación y Los Tiempos recibieron orden de ignorarnos. Los contratos de avisos fiscales no fueron renovados. Estábamos solos otra vez.

Pero la revista siguió adelante. Contestó al Círculo en una carta pública que, en honor a la libertad de expresión, la prensa chilena se negó a reproducir. Contestó también a sus acusadores extranjeros y envió una serena pero firme respuesta a la SIP, la que, curiosamente, fue bien acogida. Carlos Sánchez encargó a Franklin Zamorano recolectar todos los datos posibles sobre el financiamiento clandestino de la prensa chilena, sus carteras y tiradas. Esto se supo y tanto el Círculo como las empresas periodísticas creyeron prudente no insistir en el tema. Una orden dada por escrito de no vender papel a nuestra revista fue revocada. Siempre pensamos que el Banco del Estado tuvo alguna intervención en esta última gestión, puesto que era acreedor de varias empresas vinculadas a la industria papelera. De manera que el telón siguió caído, el buitre revoloteando y la basura sin que nadie la retirara, pero expuesta al conocimiento público.

La venganza vino por otro lado. El periodista Luis Hernández Parker, oráculo radial de esos días, acusó a los estanqueros Manuel Mayo, Carlos Keller y Mario Barros de estar al servicio del peronismo argentino. Fue una campaña tenaz y perversa puesto que el señor Hernández Parker sabía

perfectamente que lo que estaba diciendo no era verdad y así lo confesó, cuando el abogado de la revista, Mario Montero, lo acorraló ante la amenaza de un juicio por calumnias.

Pero el daño ya estaba hecho. Mayo y Keller renunciaron a la revista. El Congreso Nacional abrió una investigación acerca de “la penetración peronista” en Chile y Mario Barros fue llamado a declarar ante una comisión parlamentaria presidida por el diputado Sergio Diez. La verdad quedó allí más que demostrada, pero Hernández Parker jamás acusó el golpe ni se retractó.

* * *

LA CUARTA CRISIS.-

No obstante lo anterior, fue el factor económico el que produjo la cuarta crisis de la revista, más por diferencias de estrategias que por problemas de financiamiento.

Jorge Prat quería desvincular a Estanquero de toda ligazón con el gobierno, sin excluir el nexo político. Se privaba a sí mismo de un apoyo valioso en un momento en que su proyecto de reforma económica se enfrentaba a una oposición despiadada e inescrupulosa, dentro y fuera del gobierno, pero estaba consciente que mantener dichos lazos herían al concepto portaliano del Estado, cuya pureza y dignidad eran el primer mandamiento de la conducta cívica preconizada por la revista.

Carlos Sánchez creía lo mismo, pero con una variante de orden práctico: Estanquero debía vivir y expandirse, precisamente por ser el bastión más sólido de ese mismo régimen portaliano que defendía. Y al éxito de Estanquero debían contribuir todos los recursos legítimos que la Administración Pública ofrecía. Así había sido tradicionalmente, desde el gobierno de don Manuel Montt hasta la fecha, y así lo habían practicado todos los partidos políticos chilenos por más de un siglo. Estos recursos

legítimos eran las suscripciones fiscales, el avisaje, la publicación de monografías, anuncios, notificaciones judiciales, licitaciones y balances.

No hubo acuerdo. Carlos Sánchez presentó su renuncia. Ignacio Cousiño decidió retirarse de la gerencia y la revista encaró un futuro incierto, aunque su publicación continuó sin variaciones y con una buena venta.

Al final, se propuso una solución que pareció satisfacer a todos: Jorge Prat y Clemente Díaz, editores propietarios de Estanquero acordaron vender la revista a un grupo de sus redactores, los que, a su vez, se constituyan en una sociedad limitada, cuyo objetivo principal sería la publicación de la revista y, eventualmente, la de libros. Los compradores fueron Carlos Sánchez, Ismael Guzmán, Ricardo Rivadeneira, Hernán Fuentes, Jorge Berguño, Renato Maino, Mario Barros, Ernesto Moreno, Ángel Fernández y Luis Briones. El precio de la venta fue de un peso.

El 29 de enero de 1954, los nuevos dueños contestaban a los señores Prat y Díaz con una “profesión de fe”, en la que aseguraban mantener los principios que habían dado base a la revista en 1946.

Como Ignacio Cousiño no quiso regresar a la redacción, comprometido por sus actividades gremiales en el campo

bancario, se designó gerente de la empresa a don Ricardo Gullón. Carlos Sánchez volvió a hacerse cargo de la dirección de la revista.

El trabajo se inició con nuevos bríos.

* * *

“ESTANQUERO” AL GOBIERNO.-

1953 fue un año de expectativas, más o menos desilusionantes, por lo que a la política se refiere. Ibáñez, sin un parlamento adicto y con una oposición implacable, no se resolvía a inyectar a su gobierno el vigor y el ímpetu que había sido la galvanizante característica de su administración anterior. La Moneda era un hogar feliz y patriarcal, al que se iba con agrado, pero distaba mucho de poseer esa tónica de energía y de cambios que tanto soñaron los chilenos durante la campaña. Nombres que suponíamos absolutamente excluidos de un programa ibañista, como el de Darío Saint Marie, habían vuelto a aparecer en el palacio y no tardaríamos en verlo en un puesto diplomático, representando al mismo gobernante a quien había cubierto de injurias durante la lucha electoral. Es verdad que ideas importantes, como el Banco del Estado, el Instituto de Seguros del Estado, la Corporación de la Vivienda, y otros, habían podido prosperar y eran ya realidad; pero junto a ellas aguardaba todo un programa incumplido.

Y aún estas ideas sólo habían podido hacerse realidad a través del esfuerzo solitario de grupos de estudios que lograban, ocasionalmente, hacerse oír en la mesa

presidencial y no como parte de un programa orgánico de gobierno.

La lectura de Estanquero de esos días no dice gran cosa, salvo que la revista parece un reflejo del ambiente. En ocasiones, interesa más la crítica literaria o cinematográfica —toda en manos de buenas plumas— que una actualidad política desganada y sin brillo. La revista gastaba sus mejores energías en defender al gobierno atacando a la oposición, cuya virulencia había recrudecido, antes que aplaudir a una administración que parecía autosatisfecha. Actitud más polemizante que constructiva y que cortaba las alas a los anhelos e ideales de los redactores.

En las reuniones de los clásicos días jueves de siempre, el cuerpo de redactores se preguntaba si el gobierno de Ibáñez no comenzaba —salvo la abismante diferencia de caracteres de ambos Jefes de Estado— a ser una continuación del anterior, con diferentes nombres. Los contactos que se tenía con algunos ministros parecían confirmar esta idea, al verlos y escucharlos tan conformistas y rutinarios. La expectativa de que agrariolaboristas o socialistas populares pudieran cambiar este cuadro, de ser llamados al gabinete, también se diluyó, cuando les vimos asumir una actitud de complacencia con un sistema que nos parecía viciado por su base. Su propia actitud parlamentaria

era desmayada. El aliento que Jorge Prat nos enviaba desde el Banco del Estado no bastaba ya para mantener en alto la esperanza. Entretanto, el costo de la vida subía a pasos agigantados, la inflación aumentaba día a día, la administración parecía tan mala e ineficaz como lo era antes y el descontento popular era manifiesto.

Lo que nosotros no sabíamos es que había una persona en La Moneda que había percibido en su exacta dimensión este estado de ánimo, que no era sólo de Estanquero sino de todo el “pueblo ibañista”, como se decía entonces, y que estaba dispuesto a intervenir en cualquier momento. Esta persona era el propio Presidente.

A principios de 1954, pidió por separado a dos políticos jóvenes que le prepararan un plan de gobierno y un proyecto de gabinete. Estos hombres fueron Eduardo Frei y Jorge Prat. Excede la intención de este estudio describir la forma en que ambas alternativas llegaron al escritorio del Presidente y los esfuerzos de éste para que Frei, ya fuese sólo o en alianza con los partidos ibañistas, pudiera relanzar una política nueva, “nacional y popular”, que hiciese realidad el programa de 1952. Ibáñez tenía un gran cariño por Jorge Prat y una deuda de gratitud que jamás desconoció pero, también, temía su fuerte personalidad y, más que eso, a su imagen de nacionalista convencido y de antipolítico confeso.

Prat le recordaba muy de cerca su propia personalidad de 1927, cuando las palabras “dictadura” y “fascismo” corrían como mala moneda. Y no quería “*tenir*” (fue su propia expresión) a un gobierno irreprochablemente democrático. Temía, además, que por culpa de Prat se le viniera encima al Parlamento, en términos más agresivos que los ya tensos de ese momento.

Pero las cosas escaparon de sus manos. Frei no logró torcer el dogmatismo de su propio partido ni vencer la hostilidad de agrariolaboristas y socialistas y exigió a Ibáñez tal cantidad de condiciones que el general, exasperado, llamó a Jorge Prat y le ordenó “formar gabinete”.

Los acontecimientos se sucedieron en 48 horas. Un llamado telefónico de Prat a Carlos Sánchez pidiendo detuviera la revista para dar al nuevo gabinete como “*flash*” fue la primera noticia que tuvimos de que la brújula política había cambiado.

La noche del 13 de mayo de 1954 fuimos llamados de urgencia todos los redactores a la casa de Jorge Prat, ubicada en la Alameda frente a la calle Ejército.

Nos reunimos un medio centenar de personas, llamadas nerviosamente por teléfono. Debimos esperar más de una hora que Prat llegase de La Moneda.

Las radios recogían ya los rumores de la calle y empezaba a circular una nómina de ministros que estaba confeccionada casi exclusivamente sobre la base de especulaciones.

Jorge Prat no traía en su rostro la satisfacción que todos le suponíamos. En sólo una hora el general Ibáñez había recortado su oferta de la mañana y Prat ya no sería el Jefe del gabinete, sino el conductor “responsable” del equipo económico. Ministerios claves como Interior, Relaciones Exteriores, Defensa, Agricultura y Educación quedaban en manos de una decisión presidencial. De manera que Prat sólo había podido proponer a los Ministros de Economía, Trabajo y Tierras y a las subsecretarías de Hacienda, Economía y Previsión Social. Hasta aquí llegaba el “gabinete estanquero”. El General había tenido la deferencia de reconocerle la iniciativa del cambio y de llamar a todos los Ministros *“a una estrecha colaboración con el Ministro de Hacienda”*. Nada más.

Asumió Prat en Hacienda, conforme lo previsto, Ignacio Cousiño en Trabajo y Mario Montero en Tierras. Otros nombres propuestos en algunas subsecretarías —Raul Bazán en Relaciones Exteriores, Carlos Sánchez en Educación, Mario Barros en Tierras— fueron discretamente soslayados. En cambio, Ibáñez aceptó las designaciones de Arturo

Fontaine en la Subsecretaría de Hacienda, de Óscar Salas en Economía y de Sergio Miranda en Previsión, tal vez porque Jorge Prat los consideró como “*indispensables*” para su plan económico. Ángel Fernández y Ricardo Rivadeneira acompañaron a Jorge Prat en su gabinete personal.

Esta vez sí que Estanquero estaba comprometido. Esa misma noche, Carlos Sánchez propuso lanzar el último número de la revista y entrar en un receso indefinido mientras “los estanqueros” estuvieran en el gabinete. Prat dijo que podíamos hacer lo que quisiéramos, puesto que él “*ya nada tenía que hacer con la revista*”, pero que creía que su “*apoyo le sería muy valioso*”. Con esto, el tema quedaba cerrado y nos aprestamos a seguir en la brecha.

* * *

LA LUCHA DESDE ADENTRO.-

Entonces aprendimos la sordidez de las pugnas de ambiciones y de envidias que se entrechocan en el seno de un centro de mando, cuando el caudillo que lo conduce no ejerce por sí mismo un control férreo ni impone un rumbo definido. Una simple medida inicial de Prat —la creación del impuesto a la compraventa— fue objeto de las más acerbas críticas y por un momento se creyó que no pasaría en el Congreso.

Ibáñez rehusó jugarse y, en un momento dado, Prat tuvo dificultades hasta para ser recibido por el Presidente. Índices espectaculares como el descenso de la inflación y el cese de huelgas políticas (Cousiño logró demostrar un día que en Chile no había en ese momento ni un solo obrero en huelga), nada le dijeron. Un círculo de rumores, de intrigas y de falsedades se estrechaba cada día más en torno al Presidente. Todos previmos que esta situación tendría que definirse alguna vez y nos preguntábamos si es posible vencer cuando el enemigo juega con armas vedadas y subterráneas, las mismas que uno por formación moral, no sabe usar.

En su deseo de informar personalmente a Ibáñez acerca de su política económica, Prat optó por acompañarlo a

cabalgar, en las horas de equitación que el general dedicaba a esta afición suya, antes de irse a palacio. Un momento propicio fueron los días anteriores a las Fiestas Patrias de 1954. Ibáñez gustaba de ir al Parque Cousiño a ver los preparativos de la Parada Militar y a observar por sí mismo las evoluciones de las tropas. En aquellas oportunidades, Prat estuvo muy cerca suyo. Lo notó “asustado”. Una política maciza a largo plazo, con un equipo homogéneo y que conduciría tarde o temprano, al brillo personal del Ministro —con una eventual sucesión presidencial— y fuera de su control, le producía una manifiesta incomodidad. Prat notó, a través de sus silencios, que el General no se resolvía a dar un paso adelante y ceder más poder que el que ya había cedido.

En esos días de septiembre, Prat resolvió jugarse el todo por el todo y le pidió al Presidente que le permitiera agrandar el gabinete. Tobías Barros podía ir a Interior, Conrado Ríos a Relaciones Exteriores y el general Eduardo Yáñez a Defensa. El resto del gabinete sería Estanquero. El Presidente le contestó, después de un largo silencio: *“hay que pensar lo...”*.

En febrero de 1956 Jorge Prat presentó su renuncia. Nunca quedó claro del todo la razón de esta drástica resolución. El propio Prat guardó el secreto para sí. Pero es

evidente que el ambiente que rodeaba al Presidente le era adverso. Mucha gente presionaba al Presidente para que disolviera el Congreso. Prat creía que era un recurso inoportuno e innecesario. A esto debieron unirse los soplos al oído del General acerca del “protagonismo” que estaba alcanzando Prat, no sólo en el gobierno sino en círculos que el Presidente consideraba suyos, como era el caso de las Fuerzas Armadas. La imagen de un Portales condensándose a su lado, un ministro todopoderoso que “mandase a los que mandan” no podía ser simpática a un hombre que, con sobrada razón, había nacido para mandar y que en 1927 había demostrado su propio temple de conductor.

El momento elegido por Prat para separarse del gobierno fue desafortunado para Ibáñez, porque “el programa estanquero” estaba dando excelentes resultados. Prat tenía financiado el presupuesto; la inflación, controlada; la inquietud social había desaparecido y hasta el propio Parlamento, tan agresivo ocho meses atrás, pasaba por una etapa de calma y hasta de cooperación, tal vez asustado por el insistente rumor que a Jorge Prat “no le temblaría la mano” para resolver su disolución. Pero Prat no estaba dispuesto a prestar su nombre para ello.

Ibáñez no pidió explicaciones sobre esta decisión y si Prat se las dio no las conocemos en detalle. La entrevista fue cordial.

Al ofrecimiento del General de que aceptara la Embajada de España, sabiendo que este cargo era un verdadero sueño para el Ministro, Prat contestó rechazándolo y presentando su renuncia anticipada a todo cargo público. Otro gesto cordial entre ambos fue la petición de Ibáñez de que Prat sugiriera el nombre de su sucesor. Prat propuso a Arturo Maschke o Felipe Herrera. No lo sucedió ninguno de los dos.

* * *

LA ÚLTIMA ETAPA.-

A raíz de lo anterior, Carlos Sánchez se negó a seguir en la línea gobiernista. El cuerpo de redactores volvió a dividirse. Un grupo importante, creía que había que retomar el rumbo nacionalista e independiente de los primeros tiempos y servir de núcleo central —como una vez ya lo había sido— a un vasto movimiento nacional y popular, con miras a la futura candidatura presidencial de Jorge Prat. Otro grupo, más pequeño, confiaba en que Ibáñez no abandonaría la vieja bandera del gobierno austero y tradicional, manteniéndose siempre por encima de grupos y partidos y, en esta trinchera, había que apoyarlo.

En la pugna, Sánchez presentó su renuncia y asumió la dirección Mario Arnello, lo que significaba, claramente, el triunfo de la primera posición.

La revista cambió de formato, de papel, de portadas y de precio. Pero lo que es más importante, cambió también su línea política, en el sentido que, a los valores tradicionales de Estanquero, se añadió un contenido ideológico, un nacionalismo más acentuado y definido, expresión más auténtica del sentir de aquella generación que lo había

soñado desde las aulas universitarias y de las cuales Arnello era un abierto representante.

En su editorial del 29 de enero de 1954, bajo el título de “Aquí estamos”, la revista decía:

“Estamos y estaremos siempre en el mismo frente —el frente de Estanquero—, que nada tiene que ver con hombres ni partidos —pese a coincidencias ocasionales—, y cara al mismo enemigo: corrupción, politiquería, demagogia, entreguismo y mediocridad.”

“Se ha confirmado lo que siempre sostuvimos: nuestro pueblo es capaz de sacudir todas las artificiales formas con que quieren domeñarlo los partidos políticos, cuando encuentra una causa nacional; cuando se le muestra un destino patrio profundo y un camino para realizarlo.”

“Un movimiento nacional, poderoso y puro prendió en las gentes de Chile. El pueblo tenía grandes aspiraciones, de contenido muy simple, pero preciso. Quería y quiere autoridad de mando. Quería y quiere que se sometan los intereses particulares de todo orden de interés nacional. Quería y quiere que la austeridad se imponga en los gastos públicos y, también, con la conducta privada por la acción ejemplarizadora del Gobierno. El pueblo quería y quiere un gobierno nacional que, encauzando el sentir

popular, sepa lograr la justicia, proteger y fortalecer el trabajo y dar una ruta al esfuerzo nacional."

Arnello preconizó un periodismo menos convencional y más directo. Su posición doctrinaria fue más clara y su estilo más duro, sin desdeñar, en ocasiones, la insolencia. Leído con los ojos de hoy, el Estanquero de la última etapa nos recuerda más bien una revista de combate, en la técnica del lenguaje de Maurras o de Ramiro Ledesma —por citar dos ejemplos extranjeros— que el órgano informativo y polemizante de las etapas anteriores.

Un sello importante de este nuevo estilo fueron las portadas de Eduardo Armstrong, el magistral artista del retrato, que se incorporó al equipo estanquero con un entusiasmo estimulante.

La revista abandonó el tríptico "Orienta - Depura e Informa" para subtitularse "Revista de afirmación chilena".

Es importante recordar este estilo si se quiere entender los últimos días de la publicación, el evidente silencio que rodeó su lucha y su posterior resurrección, corta en el tiempo, pero intensa en su penetración, del diario "P.M." que le sucedió más tarde.

Hay dos factores que considerar en estos últimos días de Estanquero que van del N° 342 al 360 del 12 de junio de 1956.

El primero, es que el alejamiento de Jorge Prat, con ser sincero y gravitante para la revista, no convenció a nadie. El intercambio de cartas entre el fundador de Estanquero y los compradores de la revista les pareció a todos una simple estratagema para devolver a la publicación la libertad que parecía haber perdido por sus vinculaciones con el gobierno. Para el público lector, Prat seguía siendo el inspirador directo de los editoriales y de los comentarios políticos que cada semana zaherían con renovada violencia las columnas de un sistema que consideraba caduco y a la actitud de un gobierno que, teniendo todas las herramientas para un gran proceso de transformación nacional, se negaba tercamente a ponerlo en marcha.

Lo grave de esta identificación, entre Jorge Prat y Estanquero, cualquiera que fuese su dimensión, es que también la creía el gobierno. Una trizadura sutil, que los días fueron agrandando insensiblemente, comenzó a notarse entre la revista y el gobierno de Ibáñez, hasta que llegó un momento en que la Moneda nos hizo saber claramente su desagrado.

Hacía tiempo que el aspecto económico marchaba mal. Los avisos raleaban y las ventas habían descendido a los niveles anteriores a 1950, o sea, cuando no existía el “ibañismo” como fenómeno electoral.

Dado el carácter de la publicación, más doctrinario que noticioso, era un verdadero mérito el que aún tirara varios miles de ejemplares cada semana y que todos se vendieran. Pero cada día era más difícil sortear las dificultades que el gobierno, por una parte, y los partidos políticos, por otra, ponían a Estanquero a través de influencias tan importantes como el papel, la distribución y los accesos a las fuentes informativas.

Llegó un momento en que se le hizo saber a Jorge Prat —y por lo tanto a Mario Arnello— que Estanquero debía cesar. El mensaje llegó de La Moneda a través de uno de nuestros más queridos colaboradores: Roque Esteban Scarpa, quien lo transmitió con enorme pesar. Estanquero de la primera hora, Scarpa sentía la desaparición de la revista como una pérdida personal. Y así, también, lo sintieron el medio centenar de redactores que directa o indirectamente escribían en ella.

El día 12 de junio de 1954 Estanquero dio a luz el último número de esta etapa y cerró con pena pero con gran dignidad, un interesante capítulo del periodismo político chileno y una jornada de esfuerzo, de ilusiones y esperanzas que marcaron una huella muy duradera en la historia del medio siglo nacional.

Bajo el título "Basta de palabras" su último editorial decía así:

"La situación que plantea el Ministerio actual, obliga a prestar la más decidida colaboración. Para ello es necesario deponer las armas del pasionismo político, de la lucha sin cuartel que sostienen tiendas y revistas políticas. Creemos que un apaciguamiento en la beligerancia partidista, sería un eco adecuado a la actitud de S.E. el Presidente de la República, al estructurar un Gabinete nacional."

"'Estanquero', por su parte, desde hace tiempo que viene abogando porque terminen las polémicas. Porque se acabe con la discusión interminable y estéril. Y que todo el país se ponga a trabajar por el engrandecimiento de la Patria."

"Ahora, ya que la coyuntura es propicia, Estanquero da el ejemplo. Para afirmar lo que sostiene, suspende su publicación. Se cierran así estas páginas beligerantes, incorruptibles y rigurosas, como un llamado a deponer odios y divergencias menores, frente al esfuerzo común de todos los chilenos."

"Dejaremos, pues, que un manto de silencio y olvido cubra las memorias vergonzosas y triste de la politiquería."

“Tornemos al silencio.”

“Nuestro estilo portaliano, y por ser tal, austero y delicado, nos obliga a ejercer sobre nosotros mismos el rigor más implacable. Ahora colaboraremos con el Presidente de Chile, en el silencio de esta trinchera de combate.”

“Pero el silencio será vigilante. Esperaremos, con inquebrantable entereza, trabajando humildemente por Chile, por si llega la hora en que debamos volver al combate. Que no dejaremos que se esté impunemente ofendiendo a la más elemental justicia en el trabajo al Gobierno, ni que se pisoteen todos los principios portalianos. Entonces, cuando llegue el día, Estanquero retomará su lanza immaculada y saldrá a batir los campos de la Patria.”

En la historia de Chile ha habido muchas publicaciones que marcaron huella, ya fuese por sus campañas políticas — El Hambriento, La Libertad Electoral, La República—, por ser voceros de grandes corrientes partidistas —El Diario Ilustrado, La Opinión, El Siglo, Trabajo— o, por su sátira o pintoresquismo —El Padre Padilla, El Charivari, Topaze, Correvuela— o por su seriedad cultural —Pacífico Magazine, Selecta— pero pocos, muy pocos, lo han hecho por afirmar posiciones doctrinarias. Se nos vienen a la

memoria no más de cuatro nombres —Estudios, Occidente, Mensaje, Política y Espíritu, y Hoy de 1933—. A este último grupo habría que agregar Estanquero. Desde sus tímidos comienzos de afirmación nacional y anticomunismo hasta su clara profesión de fe nacionalista, transcurrieron ocho años de continua brega, de entusiasmo y de constancia. El triunfo de Ibáñez fue su cémito como periodismo, pero su último número lo fue, tal vez, como ejemplo moral. Y es hacia esta cumbre donde apuntaba la intención de Jorge Prat al fundar la revista y la consigna de los hombres que lo siguieron.

Mario Arnello quiso poner un candado literario a la revista que había dirigido y que entendía cerrar provisoriamente. Eligió para ello una frase de Jorge Sorel, tan sugestiva por sí misma como elocuente del espíritu del fin de esa jornada:

*“En espera de un despertar, los hombres previsores
deberán trabajar en silencio para iluminarse, disciplinar
su espíritu y cultivar las fuerzas más nobles de su alma
sin preocuparse de lo que la mediocridad democrática de
esta hora pueda pensar de ellos...”*

FINIS



KUKLOX.XYZ